

94

ZOLA

EL

ACTO

N

7950

PC2494

888



1020026881



UANL

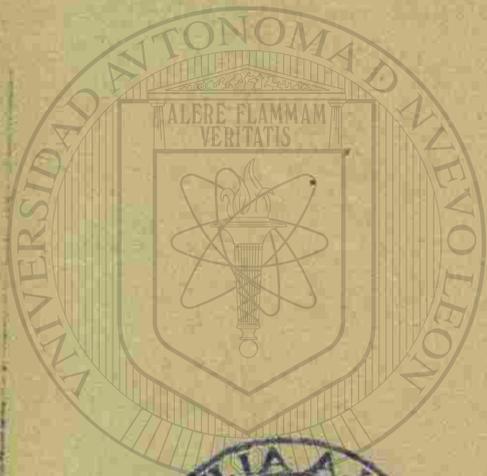
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO

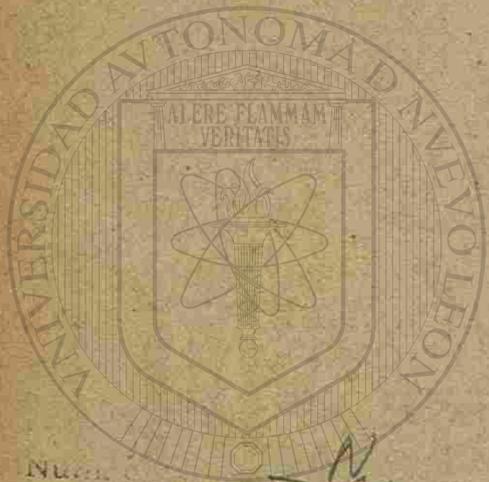


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

EL PACTO  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. N  
Núm. An. 2864  
Núm. Adg. 30792  
Proceden. -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

BIBLIOTECA ORBI

E. ZOLA

# EL PACTO

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

EDUARDO DEL RIO



101160

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE YÉS"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos é hijos

Rivadavia, 1435

30792

823  
Z,

PQ 2494

E88



**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I

### El artista

La ciudad de P... se eleva en forma de anfiteatro sobre una pequeña colina. A los pies de sus muros se arrastra encajonada y profundo, el Cantaclaro, un riachuelo, así llamado sin duda por el ruido cristalino de sus limpias aguas. Al llegar á la parte Sur del pueblo por el camino de Versailles, se pasa al Cantaclaro por un puente de piedra de un arco, con pretiles bajos y redondeados, que sirven de asiento á todos los viejos de la ciudad cuando salen de paseo. En frente, sube la calle de Buen Sol, en la desembocadura de la cual se encuentra la plaza de las Cuatro Mujeres, enlosada con grandes piedras y cubierta de una capa de hierba que le da el aspecto de un prado.

Las casas parecen dormidas. De vez en cuando, el paso de algún campesino hace ladrar á un perro detrás de la puerta de una cuadra, y ya nose turba el silencio de aquel rincón perdido, si no es por el paso regular, dos veces por día de los

oficiales de la guarnición que se dirigen á comer á la fonda de la calle del Buen Sol.

En la misma calle, á la izquierda, está la casa de un jardinero, donde vive Julián Michon.

El jardinero le había alquilado una gran habitación en el primer piso, y como él habitaba la otra parte del edificio que daba á la calle de Catherine, donde estaba el jardín, Julián vivía tranquilo é independiente, con su escalera y su puerta particulares, y vegetando cumplía sus veinticinco años, con las costumbres de un honrado burgués retirado.

Siendo muy joven todavía, había perdido á su padre y á su madre; aquél había ejercido durante su vida el oficio de guarnicionero.

A su muerte, un tío suyo se había hecho cargo de Julián, poniendole en un colegio, pero al poco tiempo murió también el tío, y al cabo de cinco años Julián pudo conseguir un modesto empleo en la administración de Correos de P... Tenía mil quinientos francos de sueldo, sin esperanza de ascenso. Y con todo encontraba medio de hacer economías, viviendo feliz é imaginando que no había condición más dichosa que la suya.

Alto, fuerte, recio, con sus manos grandes, que no sabía donde meter, con la cabeza cuadrada como un mal esbozo de escultor, Julián tenía conciencia de su

fealdad, que le hacía parecer siempre tímido, y especialmente cuando trataba con mujeres. Su lavandera le había asegurado una vez, riendo, que no era tan feo como se figuraba, y hasta aquella inocente broma produjo gran confusión en el ánimo de Julián. Concluidas sus ocupaciones, marchaba por la calle con los brazos caídos, la espalda encorvada, la cabeza baja y á grandes zancadas para llegar cuanto antes á su retiro. Su desmadejamiento y falta de gallardía le habían hecho adquirir un aire constante de timidez que le obligaba á vivir siempre en el mayor aislamiento. Por lo demás, parecía estar resignado del todo á aquella vida, sin un amigo, sin el más insignificante pensamiento amoroso, en condiciones parecidas, en fin, á las de un fraile enclaustrado.

Aquel género de vida no abrumaba, sin embargo, á Julián, que en el fondo era feliz. Su existencia se deslizaba tranquilamente, sujeta á las mismas reglas, nunca alteradas. Por la mañana se dirigía á la oficina reanudando tranquilamente su labor de la víspera; luego se desayunaba con un pedazo de pan, volviendo inmediatamente á su trabajo; después comía, se acostaba y dormía. Al día siguiente lo mismo, y así todos los meses y todos los años. Este lento desfile concluía por tener una música llena de dulzura, como la marcha soñolienta

de los bueyes tirando de su carreta y rumiando por la noche su ración de paja fresca. Julián gozaba todo el encanto de aquella monotonía. Su placer mayor era cuando, después de comer, bajaba por la calle de Buen Sol y se sentaba sobre el pretil del puente esperando las nueve.

Con las piernas colgando sobre el agua, contemplaba al Cantaclaro que corría por debajo con el ruido sonoro de sus aguas cristalinas. Los árboles de las dos riberas se reflejaban en la superficie de las aguas; arriba en el cielo se perdían las tintas cenicientas del crepúsculo, y Julián, en medio de aquella calma, completamente feliz, soñaba que el Cantaclaro debía ser tan dichoso como él, corriendo sobre las mismas hierbas y en medio de aquella hermosa tranquilidad. Cuando en el firmamento aparecían las primeras estrellas, Julián se iba á acostar, después de haber tomado á su satisfacción el fresco.

Además, Julián se proporcionaba también otras distracciones. Los días de fiesta salía del pueblo á pie y solo, muy contento de llegar lejos y de volver luego rendido de fatiga. Otras veces se reunía con un obrero grabador, mudo, con quien había trabajado; y juntos del brazo paseaban tardes enteras sin cambiar una sola seña. De vez en cuando, en el fondo del café de los Viajeros, emprendía con el mudo interminables par-

tidas de damas, llenas de inmovilidad y de reflexión.

Había tenido en otro tiempo un perro, que un día fué aplastado por un carruaje, y desde entonces ya no quiso ningún animal doméstico en su casa. Sus compañeros de oficina le bromeaban por una mozuela de diez años, andrajosa y miserable, vendedora de cerillas, á la que Julián regalaba algunas monedas, sin tomarla nunca su mercancía. Y aun para hacer esto procuraba que no le viese nadie, y por otra parte, jamás se le veía en sitio alguno en compañía de una mujer.

Las pizpiretas y desenvueltas obreras de P... habían concluído por dejar tranquilo al excéntrico Julián, cuando le veían correr desesperado delante de ellas para evitar sus gracias ó sus chufletas. En fin, en la ciudad, le creían unos, hombre poco menos que imbécil, y muchos un joven de costumbres tranquilas, algo perturbado por su vida solitaria.

El verdadero paraíso de Julián, el lugar donde movía con libertad y respiraba libremente, era su modesta habitación; allí se consideraba al abrigo del mundo; allí se movía gozoso y se reía solo como un niño; y cuando alguna vez se miraba al espejo quedaba sorprendido de verse tan joven. Su habitación era espaciosa, amueblada con un gran cana-

pé, una mesa velador, dos sillas y una butaca y todavía quedaba mucho espacio libre.

La cama se descubría en el fondo de una gran alcoba, y una pequeña cómoda de nogal entre dos ventanas. Así le quedaba espacio para moverse con toda libertad dentro de su estancia. Fuera de la oficina no escribía nunca, y en cuanto á la lectura, le fatigaba mucho. Como la dueña de la casa donde comía se había empeñado en educarle á fuerza de prestarle novelas, él las tomaba y las leía, sin comprender nunca la trascendencia de aquellas historias, vacías para él de sentido. También dibujaba un poco; siempre la misma cabeza; una mujer de perfil, cubierta de lujosas cintas por tocado, y con un collar de perlas en el cuello.

La música era su única pasión, y veladas enteras pasaba tocando la flauta, constituyendo este ejercicio su diversión favorita.

Julián había aprendido á tocar la flauta sin necesidad de maestro. Hacía mucho tiempo que había visto una flauta vieja de madera amarilla en la tienda de un comerciante de baratijas, en la plaza del Mercado, y aun que desde luego pensó en comprarla, vaciló muchos días por temor al ridículo. Por fin, una noche se decidió á adquirir el deseado instrumento, que se apresuró á llevar á casa

oculto en el pecho debajo del gabán. Después, teniendo siempre la precaución de cerrar las ventanas y tocando muy despacio para no ser oído por nadie, se ejerció durante dos años en un antiguo «método» adquirido en una modesta librería. Solamente después de algún tiempo de ejercicio, se atrevió á tocar con las ventanas abiertas su único repertorio de aires antiguos, pausados y sencillos; música de romanza del pasado siglo, llena de una infinita melancolía cuando la interpretaba con la timidez y la torpeza de un principiante emocionado.

En aquellas veladas tranquilas, en el silencio de la noche, dormido el barrio, cuando los melancólicos sonidos de la flauta salían de aquella destartalada habitación medio alumbrada por la luz de una vela, se hubiera dicho que era el eco de una voz amorosa, que confiaba trémula y secretamente á la soledad y á la noche lo que jamás se hubiera atrevido á decir á la luz del día.

Con frecuencia, como sabía su repertorio de memoria, Julián suprimía la luz por economía; aparte de esto, amaba la obscuridad; así, delante de su ventana y mirando al cielo, pasaba Julián la mayor parte de la noche tocando la flauta melancólicamente. Los vecinos que transitaban por la calle levantaban la cabeza investigando de dónde venía aquella tan

agradable música semejante á los lejanos trinos de un ruiseñor. La flauta de madera vieja amarilla se encontraba un tanto resquebrajada, lo cual le hacía producir un sonido velado como la voz de una marquesa de la pasada generación, cantando todavía con cariño los minués de su juventud. Una á una sonaban las notas como ruido monótono de batir de alas. No parecía sino que la música aquella venía de la noche misma; así se mezclaba con los rumores misteriosos de la sombra.

Julián ponía gran cuidado en no molestar á sus vecinos. Pero no había que temer; en provincias, por lo general, se tiene el sueño pesado.

Además, en la plaza de las cuatro Mujeres no vivían más que el señor Savournin, notario, y un gendarme retirado, el capitán Pidoux; los dos, vecinos comodones, acostados y durmiendo á las nueve de la noche. A quienes temía Julián era á los habitantes de una aristocrática casa, el hotel de los Marsanne, que alzaba al otro extremo de la plaza y frente á las ventanas de nuestro joven una fachada severa, gris y triste, semejante á la de un convento. Una escalinata de cinco peldaños cubiertos de hierba, subía á una gran puerta guarnecida de innumerables clavos de gran cabeza. El único piso de la imponente mansión, mostraba diez ventanas alineadas, que

de ordinario se abrían y se cerraban á la misma hora, sin dejar ver nada de las habitaciones, cubiertas por los cortinajes siempre caídos. A la derecha, los grandes castaños de Indias del Jardín formaban una gran masa de verdura, alargando sus hojas hacia los muros. Semejante mansión, imponente, con su parque y sus muros elevados, parecía mostrar un aire de soberana displicencia, que hacía pensar á Julián que si los Marsanne no hubiesen gustado el sonido de su flauta no hubieran necesitado más que una pequeña indicación para que él dejase para siempre su pasión favorita.

Por otra parte, nuestro joven era presa de un respeto religioso, cuando apoyado en su ventana contemplaba la extensión del jardín y lo majestuoso de todo el edificio. El hotel era conocido de todo el país, y se sabía que de muy lejos venían á visitar á sus poseedores. En cuanto á las riquezas de los Marsanne, se hacían grandes comentarios. Julián desde largo tiempo acechaba la vetusta residencia, por si podía descubrir alguna cosa; pero durante las horas perdidas en aquella ocupación, no vió nunca más que la fachada gris y la masa negra de los castaños de Indias. Jamás alma viviente bajó los escalones de aquella puerta enmohecida por su continuada inmovilidad. Los Marsanne habían condenado aquella entrada, utili-

UNIVERSIDAD DE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FALFONDO MONTREAZ  
1925

zando la verja que daba á la calle de Santa Ana; además, al extremo de una calleja, en los muros del jardín, se abría una puertecita que Julián no podía ver desde su ventana. Para él, aquella casa parecía muerta y, semejante á los palacios encantados de los cuentos de hadas, poblada de habitantes invisibles. Cada mañana y cada tarde aparecían invariablemente por las ventanas los brazos de una doméstica corriendo las persianas. Después la casa tomaba su aspecto melancólico de panteón abandonado en el retiro de un cementerio. Los castaños de Indias mostraban sus copas tan espesas, que ocultaban por completo los andenes del jardín. Aquel aspecto de quietud, de mutismo y muerte, redoblaban la emoción de nuestro joven, que pensaba si estaría la felicidad y la riqueza en aquella paz taciturna, que le recordaba la impresión religiosa sentida ante las tumbas de los templos.

¡Cuántas veces, antes de acostarse, Julián apagaba su bujía y permanecía largo rato apoyado en su ventana como si tratase de sorprender los secretos del hotel de Marsannel. Por la noche, el hotel destacábase como una mancha negra, y los castaños de Indias semejabán un mar de tinta. Cuidadosamente se habían corrido todas las cortinas de las ventanas, á través de cuyas persianas no se vislumbraba el más insignificante

destello de luz, y hasta se notaba la falta de aquellos mil ruidos que semejan la respiración de una casa habitada, que hasta denota el resuello de la gente durmiendo. Ante aquel completo silencio, Julián se enardecía.

Tomando su flauta, se entregaba impunemente á su afición favorita. El palacio, aparentemente vacío, le devolvía el eco de sus brillantes notas, mientras otras se perdían en las sombras del jardín. La vieja flauta de madera amarilla parecía lanzar sus aires antiguos delante del castillo de la «Bella durmiente del bosque».

Se encontraba Julián un domingo en la plaza de la iglesia, cuando uno de sus compañeros de oficina le mostró bruscamente á dos ancianos, un señor y una señora que pasaban delante de ellos. Eran el marqués y la marquesa de Marsanne. Salían con tan poca frecuencia, que Julián no los había visto hasta entonces. Una gran emoción se apoderó de nuestro amigo á la vista de aquellos dos viejos flacos y majestuosos, que pasaban por entre las gentes contestando con un ligero movimiento de cabeza á las profundas cortesías que les dirigían. El compañero de Julián le enteró de que los marqueses tenían una hija, la señorita Teresa de Marsanne, que en la actualidad estaba educándose en un convento, y que el pequeño Colombel, el

escribiente del notario, señor Savournin, era hermano de leche de la señorita Teresa. En efecto, cuando los dos ancianos llegaron á la calle de Santa Ana, Colombel, que pasaba por allí, se aproximó á ellos besando la mano que el marqués la tendía, dispensándole un honor á pocas personas concedido. Aquel sencillo besamano mortificó grandemente á Julián, porque Colombel, un mozo de veinte años, con los ojos vivos y boca ruin, hacía tiempo que era su enemigo por haberse burlado muchas veces de su encogimiento y timidez, excitando contra él á las lavanderas de la calle del Buen Sol, conducta que no disfrutó impunemente, puesto que un día tuvieron extramuros una contienda á puñada limpia de la que salió el escribiente del notario descalabrado y con los ojos hinchados.

Aquella noche, después de conocer tantos detalles, Julián tocó su flauta mucho más bajo que de ordinario.

Al cabo del tiempo que Julián habitaba en su casa de la plaza de las Cuatro Mujeres, presenció una noche de julio un acontecimiento que cambió de pronto toda su existencia. La noche estaba encalmada y calurosa y el cielo cubierto de estrellas. Julián, á obscuras en su habitación, tocaba la flauta distraído, procurando amortiguar el ritmo de los sonidos, cuando repentinamente se abrió

frente á él una de las ventanas del hotel de Marsanne, dejando ver una claridad vivísima en la sombría fachada y destacándose la silueta de una mujer que parecía investigar, levantando la cabeza y prestando atención á lo que oía. Julián, temblando, había cesado de tocar. La obscuridad le impedía distinguir el resto de aquella mujer, á la que veía, sin embargo, con la cabellera suelta y tendida sobre su cuello. En medio del silencio de la noche, Julián oyó una voz bien timbrada que decía.

—¿No has oído, Francisca? parecía que sonaba una música...

—Algún rui señor, señorita—dijo una voz fuerte de mujer;—cerrad, os puede hacer daño el relente de la noche.

Cuando la fachada quedó nuevamente á oscuras, Julián no acertaba á levantarse de su sillón, deslumbrados sus ojos todavía con la abertura luminosa que había contemplado en aquellos muros, muertos hasta entonces. Y preguntándose, presa de inexplicable estremecimiento, si debía considerar como una dicha aquella aparición misteriosa, al cabo de una hora reanudó su interrumpido concierto, pensando que aquella mujer del palacio creería sin duda en aquellos momentos que un rui señor trinaba entre las espesuras de los castaños de Indias.

## II

## Los amores de Julián

Al día siguiente, en la oficina, la novedad del día era que la señorita Teresa de Marsanne había vuelto del convento, y Julián se guardó muy bien de descubrir que él la había visto con la cabellera suelta sobre su cuello desnudo. Sin saber por qué, sentíase inquietado por un sentimiento de animadversión hacia aquella mujer que venía á perturbar sus costumbres.

Aquellas ventanas, que ya se figuraba estar siempre viendo con las persianas abiertas, le parecían cosa horrible. Hubiera deseado que, al menos allí dentro, hubiese habido un hombre en vez de una mujer, porque éstas, generalmente, son mas propensas á la burla. ¿Cómo se atrevería en adelante á tocar la flauta oyéndole una señorita que debía ser inteligente en música? Por la noche, como fruto de largas reflexiones, concluyó por convencerse de que detestaba á Teresa.

Aquella tarde entró furtivamente en casa, y se guardó muy bien de encender luz; de esta manera no le notarían desde la ventana de enfrente; llevaba el propósito de acostarse en seguida para tra-

tar de dominar su mal humor; pero no pudo resistir la curiosidad de saber qué es lo que pasaba tras la ventana de la casa vecina. La ventana permanecía cerrada. Hacia las diez, pudo distinguir una débil claridad á través de las persianas; luego, aquella claridad se extinguió, y la ventana volvió á quedar en la obscuridad.

Desde aquel día, Julián, aun á pesar suyo, espiaba el hotel como en aquellos primeros tiempos en que trataba de descubrir los misterios de las mudas piedras del palacio. Sin embargo, nada parecía cambiado: la mansión seguía durmiendo un sueño profundo. Julián afinaba la vista y aguzaba el oído para sorprender algo de la nueva vida. De vez en cuando, se veía correr alguna luz detrás de las cristales, y un extremo levantado de los cortinajes dejaba entrever el interior de grandes habitaciones; otras veces se oía el rumor de pasos que cruzaban el jardín, ó la música lejana de un piano acompañando una voz, mientras que el conjunto de ruidos vagos é indeterminados parecían denunciar en la antigua vivienda la influencia de sangre joven. Julián trataba de explicarse su propia curiosidad por el disgusto que le producían todas aquellas novedades. ¡Cómo se acordaba de los tiempos felices en que el palacio vacío le devolvía

los ecos de la música melodiosa de su flauta!

Uno de sus más ardientes deseos era conocer á Teresa. Él se la imaginaba con la cara sonrosada, el aire burlón y los ojos brillantes. Pero como no se atrevía á asomarse á la ventana durante el día, no podía más que columbrarla alguna noche medio envuelta por la sombra.

Una mañana, en el momento que salió á bajar las persianas para resguardarse del calor, distinguió á Teresa, de pie, en medio de su habitación; á su vista, quedó clavado sin atreverse á hacer el menor movimiento. La presencia de aquella mujer, con su aspecto altivo, sus mejillas pálidas y sus facciones regulares y bellas, infundió en Julián una especie de pavor inexplicable, mientras pensaba que era muy diferente de como se la había imaginado. Llamábanle sobre todo la atención su boca, un poco grande y de un color vivo; y sus ojos negros, profundos y fríos, que la daban al aspecto de una reina cruel. Pausadamente, Teresa se aproximó á la ventana, pero sin fijar la atención en su vecino, como si éste hubiese estado muy lejos. Después desapareció, dejando al pobre mozo medio anonadado al sentirse débil como un niño ante la arrogante presencia de aquella mujer, á quien te-

mía mucho más desde que la había contemplado á la luz del día.

Ahora comenzaba para Julián una existencia miserable; aquella hermosa mujer, tan altiva y tan grave, que vivía frente á él, le desesperaba por completo. Ella no le miraría nunca, y viviría siempre sin conocer su existencia. Y, sin embargo, no se preocupaba menos de que algún día se fijase en él, encontrándole completamente ridículo. Su timidez maldita le hacía creer que sus actos serían espiados y objeto de la chacota y de la burla de la aristocrática señora, y así entraba en su casa, con la cabeza baja, procurando esquivar las miradas de todos.

Después, al cabo de algún tiempo, Julián comenzó á lamentar la indiferencia de la dama. ¿Por qué no había de mirarle nunca? La veía aparecer en la ventana, desde donde tendía la mirada vaga de sus ojos negros por la plaza solitaria, sin advertir que la estaban contemplando con ansiedad indescriptible desde la casa vecina. Y de la misma manera que antes había temblado ante la idea de ser notado, sentía ahora vivísimos deseos de que aquellos ojos negros se fijasen en él. Aquella mujer ocupaba, en fin, todas las horas de su existencia.

Por las mañanas, Julián, tan exacto en el cumplimiento de su deber, olvidaba la hora de entrar en su oficina, espe-

rando que Teresa se levantase; y oculto tras de su cortina, sintiendo el pavor que le producían siempre la cara pálida y los labios rojos de su adorada, pavor delicioso, suave y enervante, notaba que sus piernas vacilaban como después de una marcha prolongada, y soñaba que al fin ella le miraría de pronto sonriente, alejando de su ánimo todo temor.

Luego tuvo la idea de cautivarla con la ayuda de su flauta. Tocaba todas las noches dejando abiertas sus ventanas, y lanzando á la obscuridad los aires más escogidos de su antiguo repertorio.

Prefirió siempre las noches sin luna, porque entonces la plaza estaba completamente á oscuras, y no se sabía de donde provenían aquellas melancólicas notas que pasaban rozando los edificios dormidos, como las alas de un pájaro nocturno.

Desde la primera noche, sintió la emoción de ver á Teresa, que, vestida de blanco, antes de acostarse, se apoyaba en la ventana como investigando de dónde podría venir aquella música que ya había escuchado el día de su llegada.

—Oye, Francisca—decía Teresa volviéndose hacia el interior de la habitación—eso no es un pájaro.

—¡Bah!—respondió una voz grave de mujer, que apenas se distinguía en la sombra de la habitación.—Algún come

dante que se distrae allá á lo lejos, en los arrabales.

—Sí, muy lejos—repetía la joven agitando en la obscuridad de la noche sus brazos desnudos.

Desde entonces, cada noche Julián hacía sonar su flauta con más fuerza, transmitiendo la fiebre que le devoraba al viejo instrumento de madera amarilla.

Teresa escuchaba todas las noches aquella música de notas vibrantes, que sentía pasar por encima de los edificios hasta llegar á su ventana, como si á ella fuese dedicada la serenata. Una noche oyó la música tan cerca, que la creyó saliendo de una de aquellas casas de la plaza. Julián tocaba con toda la fuerza de su pasión. Su flauta vibraba como si fuese de cristal. La obscuridad alentaba al enamorado joven, que esperaba atraerse el cariño de su adorada con los encantos de su música. Y en efecto, Teresa parecía como atraída y dominada.

—Retíraos, señorita—se oyó decir en el interior;—la noche está fresca.

Aquella noche, Julián no pudo dormir. Se imaginaba que Teresa le había adivinado, quizás le había visto. Y se revolvía en su lecho, preguntándose si haría bien en no mostrarse al día siguiente. Ciertamente, sería ridículo que él se ocultase más. Por tanto, concluyó por prometerse que no seguirían aquellas veladas.

Y así estaba á la mañana siguiente á las seis delante de su ventana, ocupándose en guardar la vieja flauta en su estuche, cuando se abrieron bruscamente las ventanas de Teresa. Jamás se levantaba ésta antes de las ocho; y aquella mañana aparecía tan á deshora, resaltando su hermosura el blanco peinador que la cubría y la espléndida cabellera suelta sobre las espaldas.

Quedó Julián mirándola con aire de idiota, la cabeza levantada y sin poder hacer un movimiento, mientras sus manos torpes trataban inútilmente de desmontar su flauta.

Teresa, entre tanto, lo examinaba con una atención insistente, con mirada fija y soberana, que parecía estudiar la osamenta desgarbada de aquél cuerpo enorme y mal bosquejado, con todas las fealdades de un tímido gigante. No era aquella terrible Teresa, con sus facciones pálidas, sus ojos negros y sus labios rojos, la dama enamorada con quien Julián había soñado la víspera.

Después que lo hubo examinado detenidamente, Teresa, con la exactitud indiferente que hubiera podido mostrar si se tratase de un perro, pareció dictar su fallo con una ligera mueca. Luego volvió la espalda, y muy despacio cerró la ventana.

Julián, con las piernas vacilantes, se

dejó caer en su butaca, dejando escapar de su pecho entrecortadas frases.

—¡Ah, Dios mío! Me desprecia... ¡Y yo que la amo... que quiero morir por ella!...

Y comenzó á sollozar con la cabeza entre las manos. ¿Por qué había tenido la mala idea de presentarse á su vista? Cuando uno tiene la mala suerte de su figura ridícula, lo natural es que sirva para ahuyentar las mujeres. Y se golpeaba, furioso de su fealdad. ¿Por qué no había continuado tocando la flauta en las sombras de la noche como el pájaro nocturno que seduce los corazones con su canto sin salir jamás á la luz del sol? Hubiera sido para ella una música deliciosa, y le hubiese adorado sin conocerle como á un príncipe encantado venido de lejos á morir de amor debajo de sus ventanas.

Pero él, imbecil y brutal, había roto el encanto, haciendo ver su repulsivo aspecto de buey cansino. ¿Cómo iba ya á apreciar las delicadezas de su música?

Y en efecto; en vano fué que hiciese vibrar al aire los más delicados registros de su flauta en las noches sucesivas. Teresa no le escuchaba poco ni mucho; se la veía ir y venir por el interior de su habitación y ponerse de pechos en la ventana, indiferente á las humildes notas que allá enfrente le hablaban de un amor apasionado. Un día se le oyó gritar:

—¡Por Dios, qué cargante es la música de esa flauta desafinada!

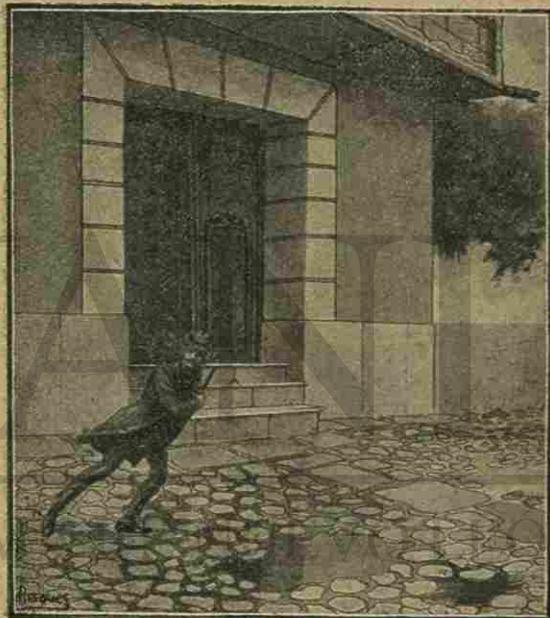
Desde entonces, Julián tiró la flauta al fondo de su cajón, y no volvió á tocar más.

Inquietábale el descaro del raquíutico Colombel, á quien varias veces había visto en la calle, mofándose de su facha con risas mortificantes. Sabía Julián que el escribiente del notario entraba en casa de los Marsanne, y esto le oprimía el corazón, no porque tuviese celos de semejante engendro, sino porque, envidioso, hubiese dado toda su sangre por estar una hora en su lugar. Francisca, la madre de Colombel, llevaba ya muchos años en la casa, estando ahora al servicio de Teresa, después de haber sido su nodriza. La noble señorita y el escribiente plebeyo, habían erecido juntos. Y parecíanatural que conservasen algo de sus antiguas amistades. Así es que Julián sufría horriblemente cuando encontraba á Colombel en las calles con su sonrisa burlona estereotipada en los labios, y sobre todo, cuando advirtió que el raquíutico mozalvete no tenía nada de repulsivo en sus facciones regulares, con su cabeza redonda de gato, con su cara algo diabólica, sus ojos verdes y su ligera barba muy cuidadosamente rizada.

¡Ah! si lo hubiese cogido ahora en algún rincón de las murallas, como le hu-

biera hecho pagar á buen precio la felicidad de entrar en casa de Teresa!

Pasó un año; Julián era desgraciado, no viviendo más que por Teresa: su corazón estaba en el interior de aquel frío palacio, enfrente del cual se moría de



¡Por Dios, qué cargante es la música de esa flauta desafinada!

amor y de tristeza. En cuanto podía disponer de un momento, abría su ventana para contemplar la casa de sus sueños, y permanecía largas horas con los ojos clavados en aquellos muros, de los cuales había examinado hasta las menores man-

chas del musgo que los cubría. En cambio, á pesar de los muchos meses que llevaba abriendo los ojos y aplicando las orejas, no había podido descubrir nada de la vida interior de aquella majestuosa mansión. Hasta él llegaban ecos perdidos de vagos rumores que podían ser lo mismo de duelos que de alegrías. La vida estaba á la otra parte del palacio, y él se lo imaginaba según el estado triste ó alegre de su ánimo, fantaseando sobre los juegos ruidosos de Teresa y de Colombel, ó sobre los tranquilos paseos de la joven bajo los frondosos castaños de Indias; ó ya la contemplaba radiante de hermosura en los brazos de sus adoradores, entregándose á los placeres del baile ó sufriendo las mayores desesperaciones que la recluían en las habitaciones más retiradas de la casa; otras veces se figuraba ver al marqués y á la marquesa corriendo cautelosos con paso de ratón sobre el césped de su parque. La realidad era que ante sí no tenía más que la ventana de Teresa como brecha abierta en un muro misterioso. Todos los días aparecía la hermosa joven, muda como las piedras, sin que jamás su presencia anunciase la menor esperanza. Su pensamiento estaba bien lejos del desdichado vecino.

Las horas venturosas de Julián eran aquellas en que la ventana de enfrente permanecía abierta. Entonces podía exa-

minar, en ausencia de la señora, los rincones de su estancia.

Descubrió al cabo de algún tiempo que la cama estaba á la izquierda, en el fondo de una alcoba cubierta con cortinas de seda color de rosa. Después al cabo de otro tiempo de investigación, pudo distinguir que frente á la cama había una cómoda estilo Luis XV, con un gran espejo encima, encuadrado en un marco de porcelana. Enfrente se descubría la chimenea de mármol blanco. Todo aquello era el paraíso soñado.

Los amores de Julián no se manifestaban sin grandes luchas. A temporadas permanecía oculto, avergonzado de su fealdad. Pero otras veces tenía violentas crisis de rabia, que le ponían en la necesidad de mostrar sus desmadrados miembros y su cara estúpida, abotargada por la fiebre. Entonces pasaba semanas enteras asomado á su ventana, lanzando miradas insistentes al palacio de enfrente y arrojando con los dedos besos apasionados con la brutalidad y el descoco de los hombres tímidos, enloquecidos por la audacia.

Teresa permanecía siempre lo mismo, sin alterarse por los cambios de su vecino. Cuando éste permanecía escondido, la venía ir y venir por su habitación con su aire majestuoso, que cambiaba por otro más altivo é indiferente en los días exaltados de Julián. Jamás la sor-

prendió en un momento de abandono. Cuando por acaso se encontraban sus miradas, ella, completamente tranquila, no se daba ninguna prisa en volver la cabeza. Cuando Julián oía decir en su oficina que la señorita Marsanne era muy piadosa y muy buena, él protestaba violentamente en su interior. ¡No, no! aquella era una mujer despiadada, sin religión; gustaba de la sangre, porque de sangre estaban llenos sus labios rojos, y la palidez de su semblante provenía de su menosprecio del mundo!... Después se lamentaba, llorando de haberla insultado, y la pedía perdón como si fuese un ángel puro de blancas alas.

Durante un año seguido, los días sucedieron á los días, sin que ocurriese ninguna novedad. A la entrada del verano, Julián creyó notar algún cambio en su vecindad. Las cosas sucedían como de ordinario; las persianas se corrían por la mañana y se cerraban por la tarde; como siempre, y como siempre se sucedían las apariciones diarias de Teresa en la ventana. Pero la joven parecía más pálida y preocupada, y diríase que algo de extraordinario flotaba sobre la habitación misteriosa. Un día de fiebre, en que Julián dirigió á su adorada un beso apasionado con la punta de sus dedos, Teresa le miró fijamente con su gravedad emocionante y sin apartarse de la

ventana, haciendo retirar al pobre mozo enrojecido de vergüenza.

Una sola novedad ocurrió, luego, allá al finalizar el verano, bien que la cosa no podía ser al parecer más inocente.

Una tarde, al anochecer, la ventana de Teresa, entreabierta como todos los días, á aquella hora se cerró violentamente con un crujir estrepitoso de todos sus hierros, cristales y maderas. Sin saber por qué, Julián sintió estremecerse todo su cuerpo, y el corazón se le llenó de angustia con la sorpresa de aquel estrépito. Después de la brutal conmoción, el palacio quedó sumido en un silencio de muerte, que infundía pavor en el ánimo de Julián. Por mucho tiempo no pudo adivinar cuál fuese el brazo que cerró la ventana con aquella violencia; pero otro día distinguió las delicadas manos de Teresa, doblando la falleba con vehemencia furiosa. Una hora más tarde, Teresa abrió la ventana tranquilamente, en actitud bien distinta á la mostrada al cerrarla; después se dirigió al interior de su habitación, entregándose con la mayor actividad á sus fútiles quehaceres. Julián en tanto, permanecía enfrente, con la cabeza derecha, y el estrépido de la ventana, al cerrarse, escarabajémbale dentro de los oídos.

Una tarde triste de otoño, de un tiempo frío y lluvioso, los hierros de la ventana de Teresa crujieron de manera

terrible. Julián no pudo contener las lágrimas involuntarias que se escaparon de sus ojos, fijos en aquel lúgubre palacio que ya el crepúsculo envolvía entre las sombras. Por la tarde había llovido, y los castaños de las Indias, medio despojados, exhalaban ese olor acre, característico de la humedad.

Julián esperaba que se abriese la ventana.

Y se abrió de un golpe, tan violentamente como se había cerrado, apareciendo Teresa más pálida que de costumbre, con los ojos desmesuradamente abiertos y los cabellos tendidos sobre el cuello.

Arrogante en medio de la ventana, llevó sus dedos á sus rojos labios, y envió un beso á Julián.

Este, desconcertado, se llevó las manos al pecho, como interrogando si aquel beso había sido dirigido á él.

Entonces Teresa, aproximándose más á la ventana, apoyó los dedos de sus dos manos en su fresca boca, y envió á Julián un segundo beso, y luego un tercero.

Julián permanecía entontecido con la boca abierta, dudando de lo que veía.

El crepúsculo era claro, y la figura excitante de Tesesa se destacaba perfectamente en el cuadro sombrío de la ventana.

Pensaba Julián en su extraordinaria ventura, cuando oyó que Tesesa, inves-

figando rápidamente la plaza, le decía con voz baja:

—Venid.

Y fué. Se aproximó al hotel, y levantando la cabeza, vió que la vetusta puerta de la escalinata, cubierta de musgo por la acción del tiempo, se abría cuidadosamente, por primera vez quizás después de medio siglo. Dominado por el estupor, y sin tiempo para reflexionar, Julián sintió el contacto de una mano fría que le guiaba. Subieron al primer piso, pasaron luego un corredor, y atravesando una antesala, se encontró Julián en una habitación para él bien conocida. Era su soñado paraíso, la habitación encantadora de los cortinajes de seda rosa: Julián sintióse desvanecer, presa de una dulzura interior inexplicable, que le impulsaba á ponerse de rodillas ante aquella hermosa mujer que tenía delante, toda erguida, con las manos entrelazadas fuertemente.

—Usted me ama, ¿no es verdad?— preguntó Teresa en voz muy baja.

—¡Oh, sí sí!— balbuceó Julián.

Teresa le interrumpió con un gesto, como ordenándole que evitara palabras inútiles. Y luego, con acento tranquilo, como si se tratase de las palabras más castas y naturales, exclamó:

—Si yo me entregase á usted haría por mí todo lo que yo ordenase, ¿no es cierto?

Julián no podía responder; embargado por la emoción, con las manos juntas y la mirada extraviada, bien daba á entender que por un solo beso se hubiera vendido por completo.

—¡Pues bien! — continuó Teresa, — Necesito que me preste usted un servicio.

Y como Julián permaneciese inmóvil, sin atreverse á pronunciar palabra, prosiguió Teresa, sintiendo que sus fuerzas le abandonaban.

—Jure usted que me obedecerá...

—¡Oh! lo juro... soy vuestro en absoluto — exclamó Julián.

La fragancia que se respiraba en aquella habitación embriagaba al pobre mozo, dominado por una especie de éxtasis beatífico, mientras su pensamiento, transpando los recios cortinones de seda rosa, se detenían en el lecho virgen de la alcoba.

De pronto, con un movimiento rápido, Teresa descorrió las cortinas y mostró la alcoba mal alumbrada con la débil luz crepuscular.

La cama estaba en el mayor desorden, con las cubiertas revueltas, las almohadas por el suelo y las blondas de las sábanas medio estrujadas bajo el cuerpo rígido de un hombre tendido de bruces y con los pies descalzos.

—Vea usted ese hombre... — murmuró Teresa con la voz enronquecida... —

¡Era mi amantel... Yo le empujé y cayó, sin saber cómo... En fin, está muerto... Es preciso que lo saque usted de aquí... ¿Ha comprendido usted?... ¡Eso es todo, eso es todo!

### III

#### El crimen

De pequeña, tuvo Teresa de Marsenne á Colombel para entretenimiento de sus ocios: era aquél seis meses mayor que ella, y su madre Francisca había tenido que criarlo con biberón.

Teresa era una criatura incomprendible y un caracter muy violento. Y no es que se mostrase mal educada y dominante: antes por el contrario, á presencia de las visitas de la casa se conducía con una voluntad impropia de sus años, que le hacía pasar por una joven formal, excelentemente educada. Pero á lo mejor manifestaba extravagancias incomprendibles. A veces, estando sola, prorrumplía de pronto en gritos estridentes é inarticulados.

Otras veces se tumbaba de espaldas en medio de uno de los andenes del jardín, donde permanecía largos ratos, obstinándose en no levantarse, á pesar de los castigos que frecuentemente se le imponían. Jamás se sabía lo que pensaba. No brillaban sus rasgados ojos ne-

Julián no podía responder; embargado por la emoción, con las manos juntas y la mirada extraviada, bien daba á entender que por un solo beso se hubiera vendido por completo.

—¡Pues bien! — continuó Teresa, — Necesito que me preste usted un servicio.

Y como Julián permaneciese inmóvil, sin atreverse á pronunciar palabra, prosiguió Teresa, sintiendo que sus fuerzas le abandonaban.

—Jure usted que me obedecerá...

—¡Oh! lo juro... soy vuestro en absoluto — exclamó Julián.

La fragancia que se respiraba en aquella habitación embriagaba al pobre mozo, dominado por una especie de éxtasis beatífico, mientras su pensamiento, transpando los recios cortinones de seda rosa, se detenían en el lecho virgen de la alcoba.

De pronto, con un movimiento rápido, Teresa descorrió las cortinas y mostró la alcoba mal alumbrada con la débil luz crepuscular.

La cama estaba en el mayor desorden, con las cubiertas revueltas, las almohadas por el suelo y las blondas de las sábanas medio estrujadas bajo el cuerpo rígido de un hombre tendido de bruces y con los pies descalzos.

—Vea usted ese hombre... — murmuró Teresa con la voz enronquecida... —

¡Era mi amantel... Yo le empujé y cayó, sin saber cómo... En fin, está muerto... Es preciso que lo saque usted de aquí... ¿Ha comprendido usted?... ¡Eso es todo, eso es todo!

### III

#### El crimen

De pequeña, tuvo Teresa de Marsenne á Colombel para entretenimiento de sus ocios: era aquél seis meses mayor que ella, y su madre Francisca había tenido que criarlo con biberón.

Teresa era una criatura incomprendible y un caracter muy violento. Y no es que se mostrase mal educada y dominante: antes por el contrario, á presencia de las visitas de la casa se conducía con una voluntad impropia de sus años, que le hacía pasar por una joven formal, excelentemente educada. Pero á lo mejor manifestaba extravagancias incomprendibles. A veces, estando sola, prorrumpía de pronto en gritos estridentes é inarticulados.

Otras veces se tumbaba de espaldas en medio de uno de los andenes del jardín, donde permanecía largos ratos, obstinándose en no levantarse, á pesar de los castigos que frecuentemente se le imponían. Jamás se sabía lo que pensaba. No brillaban sus rasgados ojos ne-

gros con esas transparentes miradas, á las que se asoman las almas puras de los jóvenes inocentes, sino que lucían con destellos sombríos, en los cuales era imposible adivinar un pensamiento.

Tenía seis años cuando comenzó á torturar á Colombel. Este era pequeño y raquitico. En lo mejor de sus juegos, allá en un extremo del jardín, en una especie de plazoleta sombreada por las espesas copas de los castaños de Indias, Teresa saltaba sobre las espaldas de su compañero, haciéndose llevar en prolongada carrera alrededor de la pista, con los brazos fuertemente entrelazados al cuello y fustigándole de continuo con fuertes golpes de sus pies descargando en los costados, sin permitirle un momento tomar aliento. Y cuando sofocado por la fatiga, el raquitico Colombel hacía ademán de tumbarse en el suelo, ella se asía á su cuello con desesperaciones de furia, mordiéndole le orejas hasta hacerle sangre, y clavándole despiadadamente las uñas en la carne. Entonces el muchacho emprendía una vertiginosa carrera á galope desesperado, hasta que se cansaba aquella diminuta reina cruel, que así se complacía en correr bajo los árboles con los cabellos tendidos, siendo el ama dominante de aquel pequeño caballo.

Otras veces se entretenía en pincharle disimuladamente con alfileres, cuando

estaban delante de alguien, prohibiéndole que se quejase, bajo la amenaza de hacerle poner en la calle si hablaba la menor palabra de aquellas diversiones. Corría, pues, la infancia de aquellos dos seres en una vida secreta, ignorada por todo el mundo. Cuando estaban solos, Teresa venía á sentir los deseos de todos los niños traviesos, ávidos por saber lo que llevan dentro sus juguetes. ¿No era ella una marquesa á cuyos pies tantos servidores se inclinaban? Puesto que le dejaban aquel muñequillo para divertirse, natural era que pudiese disponer de él á su antojo. Y no contenta con dominar á su compañero lejos de las gentes, sentía el más vivo placer cuando, delante de los criados ó de otras personas, le propinaba algún fuerte puntapié ó le clavaba un alfiler en los brazos, magnetizándole con la luz de sus ojos negros para que no mostrase el menor estremecimiento.

Colombel soportaba aquella existencia de mártir entre mudas y secretas convulsiones que le hacían bajar los ojos para escapar á la tentación de extrangular á su señorita. También él tenía un temperamento especial, en el que el disimulo ejercía su influencia. Aparte de esto, no sentía grandes vergüenzas de ser humillado por su joven compañera; antes, por el contrario, en ocasiones sentía un placer acre y voluptuoso al

ser golpeado por los pies de su señora, y al sentir en su carne el dolor de los alfilerazos.

Entre tanto, el viejo marqués se inquietaba por las violencias de carácter que venía observando en su hija.

Tales eran, que parecía haber heredado algo del carácter de uno de sus tios, célebre por su terrible vida de aventuras, y muerto en un lugar sospechoso de los arrabales. Los Marsanne tenían en su historia muchas páginas trágicas.

Algunos individuos nacieron llevando en sí el germen de una enfermedad extraña, caracterizada por una perversidad de sentimientos que se manifestaban con rasgos de locura furiosa como una escoria maldita que afligía á aquella noble familia tan altiva y linajuda.

Pensando en esto el marqués, por prudencia, decidió someter á su hija á un régimen energético, y la hizo entrar en un convento, esperando que la disciplina modificaría su carácter. Y así estuvo recluida hasta los dieciocho años.

Cuando, concluida su educación, volvió á su casa, parecía muy cambiada, mostrándose en todo muy prudente. Los padres estaban encantados al contemplar las manifestaciones de su piedad profunda. En la iglesia permanecía abismada en sus oraciones, con la frente entre las manos; y dentro de su casa pare-

cía exhalar de toda su persona una suavísima fragancia de paz y de inocencia; no se le conocía más que el pequeño defecto de su excesiva afición á los dulces, que comía sin cesar de la mañana á la tarde, saboreándolos con fruición, los ojos medio cerrados y con un voluptuoso temblor de sus rojos labios. Por lo demás, nadie hubiera adivinado en aquella mujer la inquietud de la muchacha de los violentos juegos del jardín.

Los marqueses, recluidos desde hacía quince años en el interior de su gran palacio, creyeron llegado el momento de abrir de nuevo sus salones, y así dieron algunas comidas á la nobleza del país y organizaron de la misma manera frecuentes bailes. Sus deseos, naturalmente, eran casar convenientemente á su hija, la cual, á pesar de su carácter, se mostraba complaciente, siendo la reina de aquellas fiestas, si bien mostraba siempre en su persona algo misterioso que imponía temor á sus pretendientes.

Jamás había hablado Teresa de su antiguo compañero de la infancia, el raquítico Colombel. Los marqueses habíanse cuidado de su suerte, colocándole en casa del notario Savournin, después de haberle hecho adquirir los conocimientos necesarios.

Cierto día, que había hecho venir al palacio á su hijo, le puso en la presencia de Teresa, haciéndole recordar que

era su antiguo compañero de la niñez. Colombel estuvo en la presentación, sonriente y sin el menor embarazo. En cuanto á Teresa, le miró tranquilamente, murmurando que recordaba perfectamente; y volvió la espalda sin añadir una palabra.

Ocho días más tarde, volvió al palacio el escribiente del notario, y bien pronto reanudó sus costumbres antiguas, penetrando diariamente en las habitaciones de la señorita, con el pretexto, ahora, de llevarle álbums, libros y cuadernos de música.

Su continua presencia no llamaba la atención, y antes por el contrario, diariamente se le daban algunos encargos, considerándole como un dependiente ó bien como un pariente pobre. En este concepto, á nadie extrañaba su trato frecuente y familiar con la señorita. Como en otros tiempos, permanecían solos durante mucho tiempo en el interior de las habitaciones ó en los andenes y plazuelas del extenso jardín. Ciertamente no se entregaban á los mismos juegos. Teresa se paseaba lentamente arrastrando la cola de su vestido por la hierba, y Colombel, cuidadosamente ataviado, como los muchachos ricos de la ciudad, la acompañaba golpeando la tierra con un delgado bastón que llevaba siempre en la mano.

Como siempre, ella parecía una rei-

na y él semajaba un esclavo. Cierto que ni le mordía ni le golpeaba, mas con su costumbre de pasear majestuosamente delante de él, convertía al escribiente en un paje de corte sosteniendo la cola de su soberana. Con frecuencia le dirigía Teresa palabras afectuosas que de pronto se cambiaban en durezas de expresión, manifestadas por el placer de humillarle. Colombel, en cuanto ella volvía la cabeza, la devoraba con los ojos, manifestándose en sus lucientes miradas toda la lujuria de un hombre vicioso, deseando cometer una traición.

Una tarde de verano paseaban los dos bajo la sombra de los castaños, cuando Teresa, que había permanecido un rato en silencio, le preguntó gravemente.

—Oye, Colombel, estoy cansada... ¿me llevarías como en otro tiempo... te acuerdas?

Colombel sonrió ligeramente; luego muy serio contestó sencillamente:

—Ya lo creo, Teresa.

Teresa echó á andar de nuevo, diciendo únicamente:

—Bueno... era por saber...

Y continuaron su paseo. Había cerrado la noche, y las copas de los árboles se perdían en las sombras. Hablaban de una señora de la ciudad que se casaba con un oficial de la guarnición. Como se encontrasen en un andén estrecho,

30792

Colombel trató de apartarse para dejar paso á Teresa. Pero ésta le empujó violentamente, obligándole á que fuese delante.

Los dos iban silenciosos y casi tocándose. Bruscamente, Teresa, de un salto, montó sobre los hombros de Colombel, mostrando toda su antigua agilidad de galopina salvaje.

—¡Adelante!..—gritaba con la voz alterada por la pasión de otros tiempos.

Y le golpeaba los muslos con el bastón que había arrebatado de sus manos, cabalgando como una furia, fuertemente agarrada á sus hombros y oprimiéndole el cuerpo con sus nerviosas piernas de *ecuyere*. El ruido del galope vertiginoso de Colombel se perdía en la espesura de la hierba, y él, sin pronunciar una palabra, resollando fuertemente, corría sin cesar, sintiendo en todo su cuerpo la sensación extraña de aquel peso tibio gravitando en todo su cuerpo.

Cuando Teresa, satisfecha, dió la orden de parar con la voz de ¡basta!, Colombel no la hizo caso y siguió corriendo como impulsado por un arranque impetuoso sujetando fuertemente por las piernas á Teresa, que en vano trataba de desasirse. Era el caballo que se sublevaba contra los mandatos de su jinete. Y todo derecho, sin hacer caso de los latigazos y arañazos que su furiosa señorita le propinaba, se dirigió á un

cobertizo, donde el jardinero guardaba sus herramientas. Allí la descargó bruscamente y la violó sobre la paja. Por fin, había concluído por ser el señor.

Teresa se mostraba, al cabo del tiempo, más pálida que de costumbre, con sus labios más rojos y sus ojos más oscuros, continuando su vida de devoción á la vista de todos. La última escena del jardín se repetía frecuentemente pasados algunos días. Ella saltaba sobre los hombros de Colombel, queriéndole dominar, y concluía por ser tumbada sobre la paja del cobertizo. Delante del mundo, Teresa se mostraba para Colombel como si fuese una hermana mayor, y él le correspondía con el mayor respeto y consideración. En definitiva, vivían como en sus primeros años, con sus instintos de bestias, divirtiéndose en secreto á su manera. Sólo que ahora el macho era el vencedor en las torpes horas del deseo.

Sus amores fueron terribles. Teresa recibía á Colombel en su habitación, para lo cual le había proporcionado una lave de la pequeña puerta del jardín que se abría en una estrecha callejuela. Por la noche, tenía que atravesar la antesala donde dormía su madre. Pero tanta audacia desplegaban los amantes y tanta tranquilidad, que jamás fueron sorprendidos, á pesar de darse las citas en pleno día. Colombel acudía frecuen-

temente antes de comer, solicitado por Teresa, que cerraba la ventana para esquivar las miradas de su vecino. Tenían necesidad de verse á todas horas, no para decirse las mil ternezas de los amantes de veinte años, sino para satisfacer los mandatos del orgullo y de la carne. Frecuentemente, algún altercado les inducía á insultarse mutuamente en voz baja, hasta que, temblando de cólera, concluían por golpearse.

Una tarde había ido Colombel, como de costumbre, antes de comer. Paseaba por la habitación, descalzo todavía y en mangas de camisa, cuando tuvo la idea, que ejecutó, de agarrarse á Teresa, tratando de levantarla en vilo como hacen los hércules en el circo.

Su amante, tratando de desasirse, le gritaba:

—Déjame: ya sabes que soy más fuerte que tú, y que te haría daño.

Y respondía Colombel, sonriendo:

—¡Mejor! — quiero que me hagas daño.

Y forcejeaba para rendirla, mientras ella cerrando los brazos se defendía bravamente. Muchas veces se habían repetido semejantes escenas, por la necesidad de luchar que los dos sentían. De ordinario sucedía, que Colombel, como más débil, caía rodando por la alfombra, sofocado y rendido por el empuje de su amante, que le dominaba como si fuese

un gigante. Pero aquel día Teresa vaciló sobre sus piernas, y Colombel, haciendo un supremo esfuerzo, la tiró por el suelo. Por fin, siquiera por una vez, había triunfado.

—Ya ves como no eres la más fuerte — gritó Colombel con una risa insultante.

Teresa, lívida como una muerta, se levantó lentamente, y con un estremecimiento de cólera que inspiró pavor en su mismo amante, se abalanzó hacia él medio ahogada por la emoción. Durante un minuto, lucharon furiosamente sin pronunciar una palabra, con el aliento entrecortado y entrelazando sus miembros rabiosamente. Aquello no era un juego; sobre las cabezas flotaba un aire de homicidio. De la garganta de Colombel salían agónicos ronquidos. Por último, Teresa, haciendo un postrer esfuerzo, lo derribó violentamente.

Y chocando estrepitosamente con la cabeza en el ángulo de la cómoda, cayó Colombel pesadamente por tierra.

Teresa respiró un instante con fuerza, componiéndose delante del espejo sus cabellos despeinados y arreglando sus vestidos descompuestos, sin ocuparse para nada del vencido. Bien podía levantarse sin ayuda. Luego, viendo que no se movía, se inclinó hacia él presa de un ligero estremecimiento. Colombel yacía en tierra pálido como la cera, con

los ojos vidriosos, la boca torcida, y una gran herida en el temporal derecho que se había producido al caer estrepitosamente sobre el ángulo de la cómoda. Colombel estaba muerto.

Presa de un glacial temblor, levantóse Teresa aterrorizada.

— ¡Muerto! ¡está muerto!

Y en el momento sintió toda la angustia de aquella espantosa realidad. Sin duda que, por un momento, había tenido la intención de concluir con su amante, pero no había dejado de ser aquel un bestial pensamiento sugerido por la cólera. Se desea matar siempre á las personas con quienes se lucha, sólo que no se les mata, porque la muerte es siempre espectáculo desagradable; no, no, ella no tenía la culpa; no había querido hacer tanto daño. ¡Y allí en su habitación!

Y al estupor de los primeros momentos, sucedió en ella una angustia mortal, que le oprimía la garganta como un collar de fuego.

Allí en su propia habitación, tenía un cadáver. Jamás podría explicar cómo aquel hombre se encontraba en semejante sitio, con los pies descalzos, en mangas de camisa y con una herida mortal en la frente. Estaba perdida.

Inmovilizada por el terror, permanecía junto al cadáver, oyendo á cada instante el trajinar de Francisca, la madre

de Colombel, que se movía en la antesala, mientras que del interior del palacio subían rumores de voces y ruidos que producían los sirvientes ocupados en los preparativos de *soirée* organizada para aquella misma noche. De un momento á otro podían venir á buscarla, y la encontrarían junto al cadáver de su amante muerto por ella.

Sintiendo que iba á perder la cabeza, investigaba, como loca, todos los rincones de la habitación buscando un hueco donde ocultar el cadáver. Pero la alcoba le parecía pequeña, los armarios angostos, y toda su habitación incapaz para ocultar el crimen.

Cruzaba Teresa de un extremo á otro, con la exaltación loca de una bestia herida, cuando tuvo la inspiración de arrojar el cadáver por la ventana. Pero, de todos modos, pronto se le encontraría, adivinando de dónde había salido. Con todo, levantó las cortinas de la ventana y miró á la calle. Frente, y de codos en su ventana, estaba el vecino imbécil de la flauta, contemplando á su adorada en la actitud de un perro sumiso.

A su vista, Teresa tuvo una idea, y una sonrisa de satisfacción iluminó su pálido semblante; allí estaba su salvación; sabía que el pobre mozo la adoraba como un perro y que la obedecería hasta el crimen. Y á este pensamiento

se agitaron sus labios rojos con un ligero temblor, saboreando de antemano las delicias desconocidas de un amor terrible.

Súbitamente, cubriendo el cuerpo de Colombel con unas prendas de ropa blanca que encontró á mano, lo cogió entre sus brazos y lo arrojó en su propio lecho.

Después, abriendo la ventana tranquilamente, envió sus besos á Julián.

## IV

## Cómplice por amor

Julián se creía víctima de una pesadilla. Cuando reconoció el cadáver de Colombel, le pareció la cosa más natural. Sólo Colombel podía estar en aquel lecho, con la frente destrozada, los miembros rígidos y mostrando en las contracciones de su cuerpo la más desenfrenada lascivia.

Atónito en su contemplación, apenas atendía las palabras de Teresa, que sonaban en sus oídos como rumores vagos de una conversación lejana. Luego comprendió que se le estaba dando las instrucciones necesarias. Era menester que permaneciese oculto en la habitación hasta la media noche, en que el hotel quedaría en silencio. Ella tenía que asis-

tir á la velada que los marqueses daban aquella noche, y ya se cuidaría de entretener á todo el mundo para que nadie pensara en subir á sus habitaciones. Después, á la hora conveniente, Julián cargaría sobre sus hombros el cadáver, y sacándole fuera iría á arrojarlo al Cantaclaro, por bajo de la calle de Buen Sol. Según la tranquilidad con que Teresa se explicaba, nada tan fácil como realizar aquel plan.

Luego, acercándose á Julián y poniendo las manos sobre sus hombros, le dirigió una pregunta:

—Ha comprendido usted, ¿no es cierto?

—¡Oh! sí, sí—respondió Julián—todo lo que usted quiera, os pertenezco por completo.

Teresa aproximóse todavía más, y como él, aturdido por la emoción, no comprendiese lo que quería, explicó Teresa:

—¡Abrazádmel!

Julián, temblando, la besó en la frente, y los dos quedaron en silencio.

Teresa había corrido de nuevo las cortinas de la alcoba, dejándose caer en una butaca, abismada en sus pensamientos. Julián, después de haber permanecido algún tiempo de pie delante de ella, sentóse también en una silla. A lo lejos se oían los rumores sordos de la casa; la

se agitaron sus labios rojos con un ligero temblor, saboreando de antemano las delicias desconocidas de un amor terrible.

Súbitamente, cubriendo el cuerpo de Colombel con unas prendas de ropa blanca que encontró á mano, lo cogió entre sus brazos y lo arrojó en su propio lecho.

Después, abriendo la ventana tranquilamente, envió sus besos á Julián.

## IV

## Cómplice por amor

Julián se creía víctima de una pesadilla. Cuando reconoció el cadáver de Colombel, le pareció la cosa más natural. Sólo Colombel podía estar en aquel lecho, con la frente destrozada, los miembros rígidos y mostrando en las contracciones de su cuerpo la más desenfrenada lascivia.

Atónito en su contemplación, apenas atendía las palabras de Teresa, que sonaban en sus oídos como rumores vagos de una conversación lejana. Luego comprendió que se le estaba dando las instrucciones necesarias. Era menester que permaneciese oculto en la habitación hasta la media noche, en que el hotel quedaría en silencio. Ella tenía que asis-

tir á la velada que los marqueses daban aquella noche, y ya se cuidaría de entretener á todo el mundo para que nadie pensara en subir á sus habitaciones. Después, á la hora conveniente, Julián cargaría sobre sus hombros el cadáver, y sacándole fuera iría á arrojarlo al Cantaclaro, por bajo de la calle de Buen Sol. Según la tranquilidad con que Teresa se explicaba, nada tan fácil como realizar aquel plan.

Luego, acercándose á Julián y poniendo las manos sobre sus hombros, le dirigió una pregunta:

—Ha comprendido usted, ¿no es cierto?

—¡Oh! sí, sí—respondió Julián—todo lo que usted quiera, os pertenezco por completo.

Teresa aproximóse todavía más, y como él, aturdido por la emoción, no comprendiese lo que quería, explicó Teresa:

—¡Abrazádmel!

Julián, temblando, la besó en la frente, y los dos quedaron en silencio.

Teresa había corrido de nuevo las cortinas de la alcoba, dejándose caer en una butaca, abismada en sus pensamientos. Julián, después de haber permanecido algún tiempo de pie delante de ella, sentóse también en una silla. A lo lejos se oían los rumores sordos de la casa; la

habitación, sumida ya en tinieblas, parecía dormida.

Durante una hora nadie turbó aquel silencio de muerte. Julián sentía abrirse la cabeza, preocupado con los más encontrados pensamientos. Encontrarse en la habitación de Teresa era el colmo de la felicidad. Pero luego, cuando recordaba que allá en el fondo de la alcoba yacía tendido un cadáver, sentíase desfallecer, agitado por un temblor de muerte. ¿Y era posible que Teresa hubiese podido amar á aquel hombre? ¡Con qué satisfacción lo arrojaría luego al fondo del Cantaclaro, en aquel sitio profundo y negro que él sabía! Y luego gozaría el premio de su hazaña con una felicidad que jamás se hubiera atrevido á soñar, en el lecho mismo que ahora ocupaba el cadáver. Pero aquel lugar estaba frío, con frío de muerte, y esto le producía una horrible repugnancia.

En el fondo de su butaca, Teresa permanecía inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin dejar adivinar los sentimientos que en aquel momento le animaban.

En medio de aquel sepulcral silencio, sonó la campana de un reloj. Teresa se levantó lentamente, y encendiendo las bujías de la estancia, comenzó los preparativos de su tocado con la mayor tranquilidad y como si hubiese olvidado por completo el cadáver que yacía detrás de las cortinas de su alcoba.

—Yo me voy á arreglar... si viene alguien os esconderéis en la alcoba—exclamó con la mayor naturalidad, dirigiéndose á Julián con la confianza que pudiera hacerlo á un antiguo amante.

Con los brazos desnudos, arreglándose su peinado delante del espejo, presentábase excitanda los voluptuosos deseos de Julián; como si tratase de seducirlo con sus encantos para que cumplierse fielmente con su cometido.

Fuera se oyó ruido como de alguien que se acercaba.

—Pronto, escóndase usted en la alcoba—dijo á Julián.

Y rápida como el pensamiento, corrió las cortinas, arrojando sobre el cadáver de Colombel la ropa interior que en aquel momento se había desnudado, y que aun conservaba el calor profundo de su cuerpo.

Francisca apareció en la estancia diciendo:

—Vamos, os llaman, señorita.

—Voy en seguida, Francisca—repondió Teresa con la mayor naturalidad.— Ven, ayúdame á poner el vestido.

Julián, detrás de las cortinas, con el pañuelo en la boca para que no se oyese el rechinar de sus dientes, contemplaba temblando la audiencia espantosa de aquella mujer. Junto á él, bajo la camisa tibia de Teresa, asomaba uno de los pies fríos del cadáver. Si Francisca hu-

biese alargado el brazo recorriendo las cortinas, se hubiera encontrado á los pies de su hijo muerto.

—Dame las flores, Francisca—ordenó Teresa, sin que se notase la menor alteración en su voz.

Vestía un elegantísimo traje de seda blanco guarnecido de rosas, y con su cuello y brazos desnudos, cuya blancura se confundía con la de la seda, parecía Teresa, arrogante y deslumbradora de hermosura, un hermoso bouquet de flores.

—¡Oh! qué bella estáis, señorita—exclamó Francisca llena de complacencia: —y la guirnalda, ¿dónde la habéis puesto?

Y dirigiendo una mirada por la habitación, puso una mano en las cortinas de la alcoba como para buscar en la cama. Julián ahogó en su garganta un grito de angustia, mientras Teresa, siempre impasible delante del espejo, decía sonriendo, sin inmutarse:

—Está sobre la cómoda... no toques mi cama... tengo ahí mis cosas y me las desordenarías...

Prendió una hermosa guirnalda de rosas en su cabeza, y ya dispuesta se contempló por última vez satisfecha en el espejo.

—No hay en la iglesia una virgen tan hermosa como vos, señorita—exclamó Francisca contemplando la hermosa figura de Teresa.

Sonrió ésta ante aquel nuevo cumplimiento, y se dirigió á la puerta, diciendo:

—Vamos, bajemos... ya puedes apagar.

Quedó la estancia á obscuras, y oyó Julián el ruido de la puerta al cerrarse y el rozar de la seda por el suelo del corredor. Julián permanecía sentado en el fondo de la alcoba sin atreverse á salir: no veía nada, pero sentía la sensación glacial de los pies desnudos del cadáver. Hacia un rato que se encontraba sumido en una torpe somnolencia, cuando sintió que bruscamente se abría la puerta de la habitación. Por el roce del vestido conoció que era Teresa, la cual, aproximándose á la cómoda y dejando algo sobre ella, exclamó:

—Aquí dejo esto... Usted no ha debido comer, y es necesario que tome usted algo... Y se oyó de nuevo el ruido de la joven al alejarse.

Julián salió de la alcoba, donde se ahogaba por su proximidad al cadáver. El reloj dió las ocho; le quedaban todavía cuatro horas de permanencia en la habitación.

La débil claridad de las estrellas le permitía distinguir apenas las sombras de los muebles. Los extremos de la estancia permanecían en la más completa obscuridad; sólo la luna del espejo brillaba con débiles destellos. Julián, de ordinario, no era propenso al miedo; pero en

aquella ocasión sentía el rostro inundado de sudor. A su alrededor, las masas negras de los muebles formaban sombras extrañas y amenazadoras. Varias veces creyó escuchar débiles suspiros en el interior de la alcoba, que le llenaban de pavor. Luego, prestando atención, oía los rumores de la fiesta de allá abajo, los armoniosos sonidos de la música y los sordos murmullos de los invitados. Y cerrando los ojos, veía iluminarse de pronto la negrura de la estancia, y contemplaba la figura hermosísima de Teresa, valsando vertiginosamente en los brazos de un adorador. Todo en palacio respiraba un aire de felicidad; sólo él, en el fondo de aquella habitación maldita, permanecía muerto de terror. Un objeto brillante, abandonado sobre un mueble, llamó de pronto su atención. Avalanzóse sobre él y lo tomó entre sus manos. Era un corsé de Teresa; Julián se cubrió la cara con la adorable prenda, y aspiró con voluptuosidad los perfumes que exhalaba.

¡Oh, qué delicia! Todo, todo lo olvidaba; no era aquella una velada de muerte, era una noche de amor. Y apoyando su frente contra los vidrios y sus labios en la prenda de su amada, recordó la historia de sus amores. Allá en frente, al otro lado de la calle, distinguía su habitación, donde, con los encantos de su música, había concluído por seducir á Teresa. Y

aquel pedazo de tela, que besaba apasionado, era parte del cuerpo de su amada, allí dejado como un anticipo, para que no se impacientase. Su sueño le parecía tan real, que, alejándose de la ventana se dirigió hacia la puerta creyendo que le llamaban. El frío de la estancia le producía un estremecimiento furioso. Luego cuando hubiese dejado el cadáver en el río, volvería á los brazos amantes de Teresa. Y sacudido por una crisis nerviosa, mordía el corsé de su amada, restregando su cara con la prenda para ahogar sus sollozos de deseo.

Sonaron las diez. Julián escuchó, volviendo de su ensueño como si hubiese pasado mucho tiempo. Buscando por la habitación, tropezaron sus manos con el pan y las frutas puestos sobre la cómoda, y comió ávidamente para satisfacer el desfallecimiento que le consumía. Aquello le daría fuerzas. Después que hubo comido, se sintió sumido por una laxitud inmensa. La música del baile se oía cada vez más clara, y se escuchaba también el ruido de algunos coches que comenzaban á rodar. Mirando hacia la puerta, apercibió como el brillo de una estrella por el hueco de una cerradura. Julián no se ocultó; ¡tanto peor si entraba alguno!

—No, gracias,—se oyó decir á Teresa que apareció con una bujía en la ma-

no;—yo me desnudaré sola... Acuéstate, que debes de estar cansada.

Una vez en la habitación, y después de haber cerrado la puerta, permaneció un momento inmóvil con la bujía en la mano. El baile no había alterado en nada su semblante. Dejó la bujía, y sin hablar palabra, sentóse frente á Julián, permaneciendo así por espacio de media hora.

Todas las puertas se habían cerrado, y en el palacio reinaba un silencio profundo. Lo que inquietaba á Teresa era la proximidad de Francisca. Durante algunos minutos se oyó andar á aquélla de un lado á otro; luego se oyó el ruido que hacía al acostarse. Por algunos minutos se la notaba en la cama como presa de insomnio; por fin se apercibió la respiración fuerte y regular que denunciaba su sueño.

Teresa miraba fijamente á Julián, sin pronunciar una palabra.

—¡Vamos!—dijo por fin.

Y descorriendo las cortinas de la alcoba, comenzó la tarea de amortajar el cadáver de Colombel, rígido ya por completo. Cuando concluyeron la fúnebre tarea, los dos estaban llenos de sudor.

—¡Vamos!—exclamó Teresa por segunda vez.

Julián, sin hacer el menor esfuerzo y de un solo golpe, cogió el cadáver, y

echádoselo sobre sus hombros como los matarifes cargan los carneros, enderezó su cuerpo de gigante, y quedó el cadáver con los pies á un metro del suelo.

—Yo iré delante,—murmuró Teresa en voz muy baja;—cogeré á usted por el gabán, y usted no tiene que hacer más que dejarse guiar.

Y comenzaron la marcha. Desde luego, había que pasar por la habitación de Francisca. Esto era lo más comprometido. Ya habían cruzado la habitación, cuando una pierna del cadáver hizo rodar una silla. Al ruido se despertó Francisca, levantando la cabeza y pronunciando algunas palabras. Julián y Teresa permanecieron inmóviles; ella junto á la puerta y él agobiado bajo el peso del cuerpo, esperando con pavor que se levantase Francisca sorprendiéndoles en la fúnebre tarea de llevar al río el cadáver de su hijo. Fué un momento de angustia terrible. Por fin, Francisca volvió á dormirse, y los criminales siguieron cautelosamente por el corredor. Pero todavía tuvieron que sortear otro peligro. La marquesa no se había acostado aún, y un hilo de luz se escapaba por entre la puerta medio abierta. Entonces no se atrevieron á avanzar ni á retroceder. Julián pensaba que el cuerpo del raquítico Colombel se le escaparía de sus hombros si tenía que pasar de nuevo por la habitación de Francisca. Durante

un cuarto de hora no se movieron, teniendo Teresa la espantosa serenidad de sostener el cadáver para que Julián no se fatigase tanto. Por fin, se apagó la luz de la habitación de la marquesa, y pudieron descender al piso bajo. Estaban salvados.

Teresa abrió de nuevo la antigua puerta condenada. Y cuando Julián se encontró en medio de la plaza de las Cuatro Mujeres con su terrible carga en los hombros, contempló por última vez, en lo alto de la escalinata, la figura radiante de Teresa con los brazos desnudos y su deslumbrador traje de baile.

Así le esperaba.

¡Dormir.... dormir siempre!

Julián tenía una fuerza de un toro. De joven se entretenía en ayudar á los matarifes y en transportar grandes troncos de árboles sobre sus hombros. Así es que llevaba el cadáver de Colombel como si fuese una pluma, marchando regocijado, con alegría maldita. Aquel raquítico Colombel no se burlaría más de él, y al considerar que su mortal enemigo, su rival, estaba ahora rígido y frío, no podía menos de sentir una diabólica satisfacción; y afianzándolo sober-

su cuello con un enérgico movimiento de hombros, crujía los dientes y adelantaba el paso.

La ciudad permanecía envuelta en la mayor obscuridad; sin embargo, en la plaza de las Cuatro Mujeres, había luz en la ventana del capitán Pidoux: sin duda el capitán se encontraba indispuerto; se veía su prolongada silueta yendo y viniendo delante de la ventana. Julián, sobrecogido, investigaba los edificios que tenía enfrente, cuando oyó toser á una persona. Julián se ocultó en el quicio de una puerta reconociendo á la mujer del notario Savournin, que tomaba el fresco mirando las estrellas, lanzando hondos suspiros. Esto era una fatalidad. De ordinario, á aquellas horas, en la plaza de las Cuatro Mujeres reinaba gran silencio. Felizmente, la señora Savournin volvió pronto al lado del honrado notario, cuyos sonoros ronquidos se oían desde la calle. Cuando aquella ventana se hubo cerrado, Julián atravesó precipitadamente la plaza, esquivando siempre la luz que se escapaba de la mansión del capitán Pidoux.

Por fin entró en la calle del Buen Sol; allí las casas estaban tan próximas y la vía era tan tortuosa, que la claridad de las estrellas no llegaba hasta el suelo. Cuando Julián se vió en aquella obscuridad, un deseo irresistible de correr le impulsó á emprender brusca-

un cuarto de hora no se movieron, teniendo Teresa la espantosa serenidad de sostener el cadáver para que Julián no se fatigase tanto. Por fin, se apagó la luz de la habitación de la marquesa, y pudieron descender al piso bajo. Estaban salvados.

Teresa abrió de nuevo la antigua puerta condenada. Y cuando Julián se encontró en medio de la plaza de las Cuatro Mujeres con su terrible carga en los hombros, contempló por última vez, en lo alto de la escalinata, la figura radiante de Teresa con los brazos desnudos y su deslumbrador traje de baile.

Así le esperaba.

¡Dormir.... dormir siempre!

Julián tenía una fuerza de un toro. De joven se entretenía en ayudar á los matarifes y en transportar grandes troncos de árboles sobre sus hombros. Así es que llevaba el cadáver de Colombel como si fuese una pluma, marchando regocijado, con alegría maldita. Aquel raquítico Colombel no se burlaría más de él, y al considerar que su mortal enemigo, su rival, estaba ahora rígido y frío, no podía menos de sentir una diabólica satisfacción; y afianzándolo sober-

su cuello con un enérgico movimiento de hombros, crujía los dientes y adelantaba el paso.

La ciudad permanecía envuelta en la mayor obscuridad; sin embargo, en la plaza de las Cuatro Mujeres, había luz en la ventana del capitán Pidoux: sin duda el capitán se encontraba indispuerto; se veía su prolongada silueta yendo y viniendo delante de la ventana. Julián, sobrecogido, investigaba los edificios que tenía enfrente, cuando oyó toser á una persona. Julián se ocultó en el quicio de una puerta reconociendo á la mujer del notario Savournin, que tomaba el fresco mirando las estrellas, lanzando hondos suspiros. Esto era una fatalidad. De ordinario, á aquellas horas, en la plaza de las Cuatro Mujeres reinaba gran silencio. Felizmente, la señora Savournin volvió pronto al lado del honrado notario, cuyos sonoros ronquidos se oían desde la calle. Cuando aquella ventana se hubo cerrado, Julián atravesó precipitadamente la plaza, esquivando siempre la luz que se escapaba de la mansión del capitán Pidoux.

Por fin entró en la calle del Buen Sol; allí las casas estaban tan próximas y la vía era tan tortuosa, que la claridad de las estrellas no llegaba hasta el suelo. Cuando Julián se vió en aquella obscuridad, un deseo irresistible de correr le impulsó á emprender brusca-

mente un galope desesperado. Era estúpida aquella carrera, pero él sentía todavía detrás de sí la claridad de la plaza con las ventanas del notario y del capitán alumbradas como dos grandes ojos que le miraban. Sus zapatos producían sobre las losas de la calle un ruido tal, que no parecía sino que le venían persiguiendo.

De pronto paró en su carrera. Delante de él, á algunos metros de distancia, había oído la voz de algunos oficiales que salían de la fonda de la calle de Buen-Sol. Sin duda venían de celebrar el ascenso ó permuta de algún compañero; si subían la calle arriba, estaba perdido; ninguna calle lateral le permitía escapar, y no tenía tampoco tiempo de volver hacia atrás: el rozar de las botas y el chocar de los sables, le producía una angustia espantosa: durante un instante no pudo darse cuenta de si el rumor de aquellas gentes se aproximaba ó se alejaba. Poco á poco aquellos ruidos fueron disminuyendo, lo que decidió á Julián á continuar su camino, procurando el mayor sigilo posible; si hubiese tenido tiempo, hubiera marchado con los pies desnudos. Por fin, Julián se encontró en la puerta de la ciudad.

Nadie le cerró allí el camino, y pudo pasar libremente. Pero la brusca claridad del campo al salir de la estrecha calle de Buen-Sol, le sobrecogió de es-

panto. Se imaginaba que una muchedumbre inmensa le contemplaba, espionando todos sus actos. Y sin embargo, nadie turbaba la tranquilidad de aquella hermosa noche, en la que la naturaleza se presentaba en todos sus encantos.

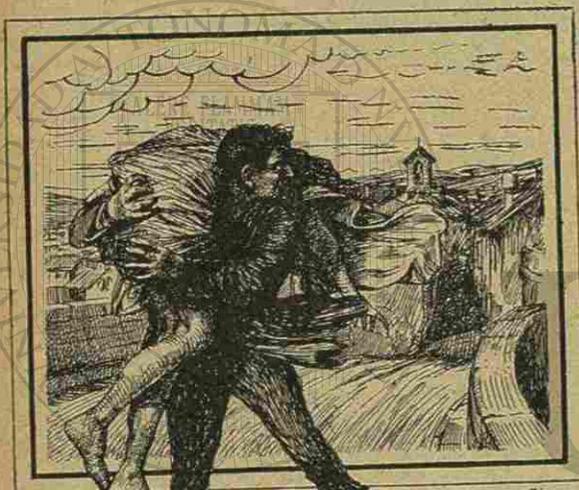
Allí estaba el puente. Julián distinguía perfectamente la blanca cinta del camino y los dos pretiles bajos y grises como dos bancos de granito, y sentía la tranquila música del Cantaclaro, deslizándose entre las hierbas.

Ahora marchaba receloso, evitando los espacios libres, creyendo ser espionado por miles de testigos mudos que se movían á su alrededor. Y lo que más temía era atravesar el puente; allí se encontraría completamente al descubierto, frente á la ciudad tendida en anfiteatro, y cruzaría por aquel mismo sitio donde tenía la costumbre de sentarse á tomar el fresco, contemplando la corriente de las aguas.

El Cantaclaro hacía en cierto sitio de su curso un gran remanso tranquilo y oscuro, donde las aguas producían frecuentes torbellinos al precipitarse en las rocas socavadas por la corriente. ¡Cuántas veces Julián se había entretenido en arrojar piedras en aquel remanso para medir la profundidad de las aguas!

Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, Julián, por fin, atravesó el

puente. Ya estaba en el sitio preciso. Inclínándose sobre el pretil, se distinguía el remanso del río, ocultando las fosas traidoras de su interior. Julián dejó su carga en el suelo, sintiendo un



Risques

Marchaba receloso, evitando los espacios libres, creyendo ser expiado por miles de testigos mudos que se movían á su alrededor.

deseo irresistible de contemplar por última vez á su rival. Los ojos de todos los habitantes de la ciudad clavados en él, no le hubiesen impedido satisfacer este capricho. Por espacio de algunos

segundos permaneció Julián inmóvil delante del cadáver. El agujero de la herida estaba completamente ennegrecido. El solemne silencio de la noche se interrumpía con el chirrido de una carreta, rodando allá á lo lejos. Julián tomó de nuevo el cuerpo de Colombel y lo puso sobre el petril, conteniéndole para evitar un golpe demasiado ruidoso al caer. Pero, sin saber cómo, los brazos del cadáver se habían entrelazado tan fuertemente alrededor del cuello de Julián, que éste fué arrastrado por la rampa, y estuvo á punto de ir con el cadáver al fondo del río. Colombel había querido llevarle con él. Por fortuna pudo agarrarse á la piedra saliente, salvándose así milagrosamente.

Cumplido su cometido, sentóse un momento en la misma piedra donde lo hacía de ordinario cuando salía de paseo; y allí, con la espalda encorvada, las piernas colgando y la actitud fatigada de siempre, contempló un momento el negro remanso del Cantaclaro, donde Colombel había querido llevarle. Estaba seguro de que, á pesar de estar muerto, le había abrazado fuertemente con ánimo de arrastrarle... Pero no, nada de aquello era cierto; allí estaba él, respirando el fresco ambiente del campo y contemplando la argentada corriente de las aguas. Y aquella tranquilidad suprema de la naturaleza le parecía como una

promesa solemne de paz y de ventura.

Después se acordó de Teresa, que le estaría aguardando: estaba seguro. Y la veía siempre en lo alto de la escalinata, junto á la puerta vetusta cubierta de musgo, arrogante y hermosa, con su elegante traje de seda blanca guarnecido de rosas silvestres. Pero tal vez no estaría á la puerta: el frío de la noche la habría hecho retirar á su habitación. Pero ella habría dejado la puerta abierta metiéndose en el lecho, como una recién casada la noche de la boda.

¡Ah, qué delicia! Jamás ninguna mujer le había distinguido de aquella manera. Unos minutos más y llegaba el momento deseado.

Pero entre tanto, sentía que sus piernas desfallecían, notando al propio tiempo vivísimos deseos de dormir. ¿Le faltarian las fuerzas? Para evitarlo, recordaba los momentos del tocado de Teresa, cuando había mudado sus vestidos, y la contemplaba con los codos levantados, los brazos y el cuello desnudos, arreglándose su flotante cabellera y exhalando de la tibia piel de su cuerpo una fragancia voluptuosa que le cautivaba todos los sentidos.

¿Y tendría que renunciar por su debilidad á todas aquellas delicias que no había hecho más que acercar á sus labios? ¡Ah! no, no; si sus piernas no querían llevarle, iría de rodillas.

Y cada vez notaba mayor decaimiento. Ahora ya no sentía más que un deseo irresistible de dormir; dormir siempre. Era aquella una batalla perdida en la cual su amor estaba agonizando. Ahora se le presentaba la imagen de Teresa como una cosa imposible; por nada del mundo la hubiese tocado un pelo de su cuerpo; aquello le parecía inaudito. El techo de la habitación hubiera caído sobre ellos si él se hubiera atrevido á estrechar contra el suyo el cuerpo de Teresa.

¡Dormir, dormir siempre! eso era lo mejor cuando no había nada que le excitase el placer de velar. Ya no iría al día siguiente á su oficina; ya no tocaría jamás la flauta asomado á la ventana; ¿por qué, pues, no dormir para siempre? Su existencia había terminado; ya se podía acostar. Y miraba de nuevo á su lado á ver si Colombel estaba todavía allí. Aquel raquítico Colombel era un mozo listo, ya sabía bien lo que hacía cuando había querido llevarlo consigo.

El Cantaclaro murmuraba con su continuo correr de las aguas cristalinas por entre las hierbas, mientras la campina mostraba toda la grandeza de su tranquilidad suprema. Julián, balbuceando torpemente el nombre de Teresa y deslizándose pausadamente por la rampa, cayó por fin con estrépido en el remanso de las aguas.

Y el Cantaclaro continuaba su música entre las hierbas.

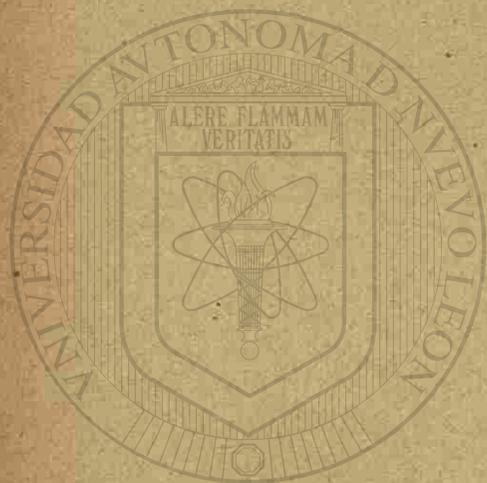
—  
Cuando al día siguiente se encontraron los dos cadáveres, se inventó bien pronto una historia. Julián había desafiado á Colombel para vengarse de sus continuas burlas. El primero, como más fuerte, habría matado de una pedrada en la frente á su enemigo, arrojando el cadáver al río; y suicidándose luego por temor al castigo.

—  
Tres meses más tarde se celebraba el matrimonio de Teresa de Marsanne con el joven conde de Vetueil.

La desposada estaba radiante de hermosura, con su elegante vestido blanco, que hacía resaltar sus pálidas facciones, reveladoras de una tranquilidad suprema y de una pureza soberana.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO



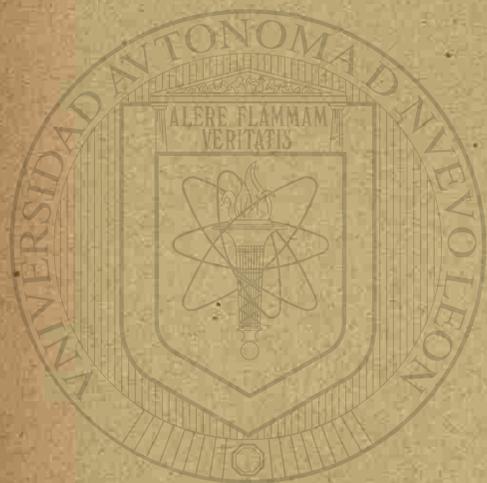
## Historia de un muerto...

contada por él mismo

### CAPITULO I

#### Mi fallecimiento

Cuando dejé de existir, ó, en otros términos, cuando yo, Oliverio Becaille, entregué mi alma á Dios, eran las seis de la mañana de un sábado. Mi viuda hacía un momento que buscaba en un baúl, escogiendo y preparando mis mejores prendas. Al levantarse y verme tan rígido, con los ojos abiertos, sin aliento y pálido, se acercó á mi cadáver á toda prisa creyendo que me había desmayado seguramente. Cuando, después de un momento de vacilación, adquirió el triste convencimiento de que había dejado de existir, se retorció las manos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO



## Historia de un muerto...

contada por él mismo

### CAPITULO I

#### Mi fallecimiento

Cuando dejé de existir, ó, en otros términos, cuando yo, Oliverio Becaille, entregué mi alma á Dios, eran las seis de la mañana de un sábado. Mi viuda hacía un momento que buscaba en un baúl, escogiendo y preparando mis mejores prendas. Al levantarse y verme tan rígido, con los ojos abiertos, sin aliento y pálido, se acercó á mi cadáver á toda prisa creyendo que me había desmayado seguramente. Cuando, después de un momento de vacilación, adquirió el triste convencimiento de que había dejado de existir, se retorció las manos

desesperadamente y, prorrumpiendo en un amargo llanto gritó:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡está muerto!

Yo oía perfectamente sus palabras, si bien débilmente. Con el ojo derecho no veía absolutamente nada, pero con el izquierdo percibía una claridad muy tenue que me hacía ver los objetos destacándose confusamente; me encontraba en un completo anonadamiento como si hubiese caído herido por un rayo.

Mi voluntad estaba completamente aniquilada, pues no podía mover ni una fibra de mi cuerpo, y sólo mi pensamiento funcionaba, lenta y perezosamente, pero con una claridad perfecta.

Mi pobre Margarita lloraba de rodillas delante del lecho repitiendo con desesperación:

— ¡Muerto! ¡Dios mío! ¡muerto!

¿Era, pues, la muerte aquel estado singular del cuerpo inerte, mientras que la inteligencia funcionaba?

En mi juventud había sufrido los efectos de algunas crisis nerviosas, habiendo padecido por dos veces los efectos de una fiebre aguda. Dos veces, siendo joven, las fiebres malignas habían estado á punto de acabar conmigo; á mi lado se habían acostumbrado á verme enfermizo, y yo mismo había prohibido á Margarita que llamase al médico cuando caí en cama la mañana de nuestra llegada á París, en aquel hotel de la ca-

lle de Dauphine. Un poco de descanso bastaría, porque lo que me molestaba era el cansancio del viaje. Sin embargo, me sentí atacado de una angustia horrible. Habíamos dejado nuestra provincia de un modo brusco, muy pobres, sin tener apenas lo suficiente para vivir mientras cobraba la paga de mi primer mes en la administración donde había conseguido una plaza. ¡Y he aquí que una crisis súbita me llevaba!

¿Pero estaba yo muerto? De muy chico había tenido un gran temor á la muerte, estando continuamente sugestionado por la idea de que muy pronto dejaría de vivir. Y aquel pensamiento de la tumba me producía una tensión horrible de pavor, á la cual no podía acostumbrarme. Al cabo de algún tiempo, y á fuerza de reflexión, creía yo que había logrado desechar la idea. Yo pensaba constantemente que no viviría y que me enterrarían pronto, y este pensamiento de la tierra me causaba un espanto á que no podía acostumbrarme, por más que me persiguiera día y noche. Siendo mayor conservaba aún esta idea fija. A veces, después de días enteros de reflexión, creía haber vencido mi miedo. ¡Y qué! Se moría uno y acababa todo; todo el mundo moría alguna vez; no hay nada tan cómodo ni mejor. Hasta llegaba á ponerme alegre y mirar la muerte cara á cara. Cuando un estremecimiento

brusco me helaba volvía á mi vértigo como si una mano gigante me hubiera columpiado sobre un abismo negro. Era el pensamiento de la muerte que al volver se llevaba mis raciocinios. ¡Cuántas veces me he despertado sobresaltado por la noche, no sabiendo qué aire había pasado por mi sueño, juntando las manos con desesperación, balbuceando: «¡Dios mío, Dios mío, hay que morir!» Una ansiedad terrible me oprimía el pecho; la necesidad de la muerte me parecía más abominable en el aturdimiento del sueño. Me costaba trabajo volver á dormir, y el sueño mismo me inquietaba de tal manera, que se parecía á la muerte. ¡Si me iría á quedar dormido para siempre! ¡Si iría á cerrar los ojos para no volverlos á abrir!

Mi memoria había adquirido una vivacidad extraordinaria, y rápidamente, recordaba los menores detalles de mi pasado, como si asistiese al espectáculo de mi vida entera. Sensación extraña y curiosa que me regocijaba, y que me producía el efecto de oír una voz lejana relatándome toda mi historia.

Había un rincón de campo cerca de Guerande, sobre el camino de Priac, cuyo recuerdo me perseguía. El camino da una vuelta, y un bosque de pinos baja á la desbandada por una pendiente roquiza. Cuando yo tenía siete años, iba allí con mi padre, á una casa medio

arruinada, á comer hojuelas á casa de los padres de Margarita, unos jornaleros que vivían con gran trabajo del producto de las salinas próximas. Luego me acordaba del colegio de Nantes, donde yo había crecido en el hastío de las viejas paredes, con el continuo deseo del amplio horizonte de Guerande, las balsas saladas hasta perderse de vista al pie del pueblo, y el mar inmenso extendiéndose debajo del cielo. Al llegar aquí se dibujaba en mi pasado un punto negro: mi padre moría, y yo entraba en la administración del hospital como empleado y comenzaba una vida monótona, sin más alegría que mis visitas del domingo á la vieja casa del camino de Priac. Las cosas iban de mal en peor, porque las salinas no producían casi nada y el país amargaba una gran miseria. Margarita no era aún más que una niña. Me quería porque la paseaba en una carretilla; pero más tarde, la mañana en que la pedí, comprendí por su gesto de espantada que yo le parecía horroroso. Los padres me la concedieron en seguida, porque así se quedaban libres. Ella, sumisa, no había dicho que no, y cuando se hubo acostumbrado á la idea de ser mi esposa, ya no pareció tan aburrida. El día de la boda, en Guerande, llovía á cántaros, y al volver tuvo que ponerse en enaguas, porque tenía el vestido calado.

Aquella era toda mi juventud. Recién casados vivimos algún tiempo en la ciudad, pero mi mujer estaba á disgusto y un día la sorprendí llorando á lágrima viva. Hice durante seis meses algunas economías, trabajando en horas extraordinarias, y conseguí que un amigo de mi familia me proporcionase un empleo en París.

Con esto dí á mi mujer una gran alegría, partiendo inmediatamente para la gran ciudad. En el tren, mi mujer reía loca de contento, y yo, satisfecho de complacerla, la hacía descansar sobre mis rodillas para evitarla las molestias de los asientos duros é incómodos del coche de tercera en que viajábamos.

Tal era mi pasado. Al presente, yo acababa de morir en aquella estrecha cama de la habitación alquilada, mientras mi mujer, de rodillas, seguía llorando. La mancha de luz blanca que percibía mi ojo derecho palidecía poco á poco, si bien yo notaba claramente los detalles de la estancia. A la izquierda estaba la cómoda, á la derecha la chimenea, sobre la que un reloj descompuesto y sin péndulo marcaba las diez y seis minutos. La ventana daba á la calle Dauphine, negra y profunda. Todo París pasaba por allí con tanto estrépito, que oía estremecerse los cristales.

No conocíamos á nadie en París, y como habíamos precipitado nuestra sa-

lida, no me esperaban hasta el lunes siguiente en mi oficina. Desde que tuve que guardar cama, me producía una sensación extraña el estar encerrado en aquel cuarto donde nos había lanzado el viaje, todavía desorientados por quince horas de ferrocarril, aturridos por el tumulto de las calles. Mi mujer me había cuidado con su dulzura sonriente; pero yo sentía bien cuán alteraba estaba. De vez en cuando se acercaba á la ventana, daba un vistazo á la calle, y se volvía densamente pálida, asustada por aquel gran París del que no conocía ni una piedra y que mugía tan terriblemente. ¿Y qué es lo que la pobre iba á hacer, si yo no despertaba? ¿Qué iba á ser de ella en aquella ciudad inmensa, sola, sin sostén, ignorante de todo?

Margarita había tomado una de mis manos que colgaba inerte al borde de la cama, y la besaba repitiendo casi loca:

—¡Oliverio, respóndeme!.. ¡Dios mío, ha muerto, ha muerto!

La muerte no era, pues, la nada, puesto que yo oía y racionaba. La nada era la única cosa que me había aterrado desde la infancia. Yo me imaginaba la desaparición de mi ser, la supresión total de lo que yo era, y esto para siempre, durante siglos y más siglos, sin que nunca mi existencia pudiese empezar de nuevo. A veces me estremecía cuando encontraba en un periódico una

fecha futura del siglo venidero: de seguro que yo no viviría ya en aquella fecha, y aquel año de un porvenir desconocido, donde yo no estaría ya, me llenaba de angustia. ¿No era yo el mundo, y no se hundiría todo cuando me fuese?

Sóñar con la vida en la muerte: tal había sido siempre mi esperanza. Pero sin duda aquello no era la muerte, porque iba de seguro á despertar al cabo de un rato. Sí, dentro de un rato me inclinaría cogiendo á Margarita entre mis brazos para secar sus lágrimas. ¡Qué alegría volvernos á encontrar! ¡Cuánto más nos íbamos á querer! Después de descansar dos días, iría por primera vez á la oficina y una vida nueva comenzaría para nosotros, más feliz, más amplia.

Pero las horas pasaban, y yo continuaba en mi letargo sin poder levantar la cabeza para animar á mi pobre Margarita, que seguía aniquilada y llorosa, pronunciando de vez en cuando su desconsolada frase:

—¡Muerto, Dios mío! ¡muerto!

Y yo sentía deseos vivísimos de abrazarla y de decírla en voz muy baja para no asustarla.

—No, hija mía, dormido nada más; ya ves que vivo y que te amo.

## II

## El forense dice que estoy

## bien muerto

A los gritos que daba Margarita, la puerta se abrió bruscamente y una voz exclamó:

—¿Qué hay, vecina?... ¿Otro ataque?

Reconocí la voz. Era la de una vieja, la señora Gabin, que vivía en el mismo pasillo que nosotros; se había mostrado muy atenta desde nuestra llegada, conmovida por nuestra posición, y nos contó su historia. Un casero intratable le había vendido sus muebles el invierno pasado, y desde entonces vivía en aquella posada con su hija Adela, una chiquela de diez años. Las dos cortaban pantallas, ganando á duras penas dos pesetas diarias con ese trabajo.

—¡Dios mío! ¿Ha acabado?—dijo bajando la voz.

Comprendí que se acercaba. Me miró, me tocó y dijo con lástima:

—¡Pobrecillo, pobrecillo!

Margarita continuaba sollozando como una niña. La señora Gabin la hizo incorporar, ayudándola á que se sentase en el sillón que había junto á la chime-

fecha futura del siglo venidero: de seguro que yo no viviría ya en aquella fecha, y aquel año de un porvenir desconocido, donde yo no estaría ya, me llenaba de angustia. ¿No era yo el mundo, y no se hundiría todo cuando me fuese?

Sóñar con la vida en la muerte: tal había sido siempre mi esperanza. Pero sin duda aquello no era la muerte, porque iba de seguro á despertar al cabo de un rato. Sí, dentro de un rato me inclinaría cogiendo á Margarita entre mis brazos para secar sus lágrimas. ¡Qué alegría volvernos á encontrar! ¡Cuánto más nos íbamos á querer! Después de descansar dos días, iría por primera vez á la oficina y una vida nueva comenzaría para nosotros, más feliz, más amplia.

Pero las horas pasaban, y yo continuaba en mi letargo sin poder levantar la cabeza para animar á mi pobre Margarita, que seguía aniquilada y llorosa, pronunciando de vez en cuando su desconsolada frase:

—¡Muerto, Dios mío! ¡muerto!

Y yo sentía deseos vivísimos de abrazarla y de decírla en voz muy baja para no asustarla.

—No, hija mía, dormido nada más; ya ves que vivo y que te amo.

## II

## El forense dice que estoy

## bien muerto

A los gritos que daba Margarita, la puerta se abrió bruscamente y una voz exclamó:

—¿Qué hay, vecina?... ¿Otro ataque?

Reconocí la voz. Era la de una vieja, la señora Gabin, que vivía en el mismo pasillo que nosotros; se había mostrado muy atenta desde nuestra llegada, conmovida por nuestra posición, y nos contó su historia. Un casero intratable le había vendido sus muebles el invierno pasado, y desde entonces vivía en aquella posada con su hija Adela, una chiquela de diez años. Las dos cortaban pantallas, ganando á duras penas dos pesetas diarias con ese trabajo.

—¡Dios mío! ¿Ha acabado?—dijo bajando la voz.

Comprendí que se acercaba. Me miró, me tocó y dijo con lástima:

—¡Pobrecillo, pobrecillo!

Margarita continuaba sollozando como una niña. La señora Gabin la hizo incorporar, ayudándola á que se sentase en el sillón que había junto á la chime-

nea, y tratando de consolarla con las más cariñosas frases.

—Hace usted mal, señora—la decía—en desesperarse de esa manera; es una desgracia que este pobre señor haya muerto, pero hay que tener resignación. Bien me acuerdo que cuando yo perdí á Gabin también me desesperaba como usted en estos momentos, y que estuve tres días sin poder probar bocado. Pero no por eso me acobardaba, antes por el contrario, me dispuse á luchar con fuerza... Vamos, por amor de Dios, sea usted razonable...

Poco á poco iba calmándose la excitación de Margarita, permaneciendo algunos momentos silenciosa, hasta que luego prorrumpía en nueva explosión de lágrimas. Entre tanto, la vecina tomaba posesión de la estancia, yendo y viniendo con una autoridad de señora.

—No os ocupéis de nada—repetía—justamente mi Adela ha salido á entregar la labor y yo estoy desocupada... además, entre vecinos nos hemos de ayudar mutuamente... y á propósito, vuestro equipaje no está todavía deslizado, pero en la cómoda habrá...

Oí el ruido que se producía al abrir los cajones de la cómoda; luego tomó una servilleta y la extendió sobre la mesilla de noche, y en seguida frotó una cerilla, lo que me hizo pensar que iba á encender las bujías de la chimenea á

guisa de cirios. Yo seguía sus menores movimientos dándome cuenta de todas sus acciones.

—¡Este pobre señor!—murmuraba.—Por fortuna os he oído gritar, querida mía.

Y de pronto, el vago resplandor que yo sentía aún con el ojo izquierdo desapareció. La señora Gabin acababa de cerrarme los ojos. Yo no había percibido la sensación de sus dedos sobre mis párpados, pero cuando comprendí, un frío ligero comenzó á helarme.

La puerta se abrió de nuevo, y Dedé, la chicuela de diez años, entró gritando con su voz aguda:

—¡Mamá, mamá, ya sabía yo que estarías aquí!... Toma... esta es tu cuenta: tres francos cuatro sueldos; he traído veinte docenas de pantallas...

—¡Silencio! ¡cállate!—repetía en vano la madre.

Como la pequeña seguía alborotando, su madre le enseñó la cama. Dedé se detuvo y la sentí inquieta, retrocediendo hacia la puerta.

—¿Qué, está durmiendo ese señor?—preguntó bajito.

—Sí, vete á jugar—respondió la señora Gabin.

Pero la niña no se iba. Debía estar mirando con sus ojos muy abiertos, asustada y comprendiendo vagamente. De repente pareció acometida de un miedo

loco y se escapó, dejando caer una silla.

—¡Está muerto! ¡Oh, mamá, está muerto!

Reinó luego un completo silencio. Margarita continuaba inmóvil en su sillón; ahora no lloraba; y oía siempre el trajinar de la señora Gabin de un lado á otro de la habitación mientras hablaba entre dientes.

—Los niños del día tienen una precocidad asombrosa. ¡Vea usted esta niña! Dios sabe si la he educado bien. Cuando la envió á entregar la obra calculo hasta los minutos para que no pueda entretenerse con nadie ni aprender nada en la calle, y sin embargo lo sabe todo. Vea usted, nunca vió más muertos que su tío Francisco, y entonces no tenía más que cuatro años. En fin, que no hay niños...

Y se interrumpía, de pronto, y pasaba sin transición de un asunto á otro.

—Oiga usted, hija mía, es necesario pensar en todos los detalles; la declaración en la alcaldía, el entierro... usted no está para ocuparse de nada y yo no quiero dejarla sola... ¡Ah! si usted quiere voy á ver si el Sr. Simoneau está en su habitación...

Margarita no respondía nada.

—He aquí al señor Simoneau—murmuró la señora Gabin, ya de vuelta.

Empujó la puerta despacito y en cuanto la vió, Margarita prorrumpió en

llanto otra vez. La presencia de aquel amigo, del único hombre que conocía, renovaba su dolor. No procuró consolarla. Yo no podía verle, pero en las tinieblas que me envolvían evocaba su cara y le distinguía claramente, alterado, apenado de encontrar á la pobre mujer en una desesperación semejante. ¡Y cuán bella debía estar, á pesar de todo, con sus cabellos rubios sueltos, su rostro pálido, sus manitas de niño ardientes de fiebre!

—Me pongo á vuestra disposición, señora—murmuró Simoneau.—Si lo queréis, me encargaré de todo...

Ella no respondió sino con palabras entrecortadas, y cuando el joven se retiraba la señora Gabin le acompañó y la oí que hablaba de dinero al pasar cerca de mí. Todas estas cosas costaban muy caras, y se temía que la pobre muchacha no tuviese ni un céntimo. En todo caso se la podría preguntar. Pero el señor Simoneau no permitió continuar á su vecina. No había para qué molestar á Margarita; él pasaría por la alcaldía y daría órdenes para el entierro.

Cuando todo quedó en silencio, yo quedé pensando si aquel aletargamiento de mí ser duraría todavía mucho tiempo. Yo vivía, puesto que percibía los menores detalles de lo que pasaba á mi alrededor. Entonces comencé á darme cuenta exacta de mi situación. Había

caído en uno de estos estados catalépticos de los que con frecuencia había oído hablar.

En mi juventud, en la época de mis enfermedades nerviosas, yo había sufrido varias veces síncope de algunas horas. Indudablemente, yo era víctima de aquellas crisis que me tenían rígido y como muerto para todos los que me rodeaban. Pero el corazón volvería á latir con regularidad, la sangre circularía de nuevo por las venas, y yo me levantaría consolando á mi pobre Margarita.

Razonando de este modo, me exhortaba yo mismo á tener paciencia.

Pasaban las horas. La señora Gabin había vuelto trayendo su almuerzo y ofreciéndolo á Margarita, que no quiso tomar nada; después del mediodía la vecina se retiró. Por la ventana medio abierta se percibían los mil confusos ruidos de la calle de Dauphine. Pasado algún rato, un ruido metálico del candelero chocando en la mesilla de noche, me hizo comprender que acababan de renovar la bujía. Luego entró el Sr. Simoneau.

—¿Qué hay?—preguntó en voz baja la vecina.

—Todo está arreglado; el entierro está dispuesto para mañana á las once... no se inquiete usted por nada, y sobre

todo, no hable usted una palabra de estas cosas delante de esta señora.

Sin embargo, la señora Gabin replicó:

—El médico de los muertos no ha venido aún.

Simoneau fué á sentarse cerca de Margarita, la animó y se calló. El entierro sería al siguiente día á las once. Estas palabras resonaban en mi cráneo como un toque fúnebre; pero aquel médico que iba á venir, aquel médico de los muertos, como le llamaba la señora Gabin, vería en seguida que no había más que un sencillo letargo. Haría lo que fuese preciso, sabría despertarme. Le esperaba con una impaciencia espantosa.

Pero el día pasó. La señora Gabin, para no perder su tiempo, había acabado por traer sus pantallas, y luego, pidiendo permiso á Margarita, hizo venir á Dedé, porque no le gustaba—decía—dejar los niños solos mucho tiempo.

—Vamos, entra—murmuró, trayendo á la pequeña—y no hagas la tonta; no mires á ese lado, ó tendrás que ver conmigo.

Le prohibía mirarme, porque esto la parecía más correcto. Dedé, de fijo que echaba de vez en cuando un vistazo, porque yo oía que su madre le daba alguna vez manotadas en los brazos. Al fin, la dijo furiosa:

—Trabaja, niña, ó te hago salir, y esta noche el señor te irá á tirar de las piernas.

La madre y la hija se habían sentado delante de nuestra mesa.

Yo percibía perfectamente el ruido de las tijeras recortando las pantallas que trabajaban; sin duda aquella labor debía ser complicada, pues ni una ni otra se ocupaban de nada. En la habitación no se oía más que el ruido de las tijeras. Margarita, vencida por la fatiga, debía estar adormecida; yo creí notar que Simoneau se levantaba, y me vino á la imaginación la idea abominable de que lo hacía con la intención de aprovecharse del sueño de mi mujer para posar sus labios sobre su frente. Yo no conocía á aquel hombre, y sin embargo, me torturaba la idea de que estaba enamorado de mi mujer; oí que la pequeña Adela trataba de ahogar una carcajada, y aquello me acabó de irritar.

—¿De qué te ríes, imbécil?...—la preguntaba su madre.—Vamos, responde, ¿de qué te ríes?

La niña balbuceaba una excusa; ella no se había reído; había tosido.

Entretanto, el médico llegó. Yo le adivinaba fatigado, apresurado, impaciente. ¿Me había tocado la mano? ¿Había puesto la suya sobre mi corazón? Yo no podría decirlo. Pero me pareció que sólo se inclinaba con aspecto indiferente.

—¿Queréis que os lleve la lámpara para alumbraros?—dijo Simoneau con mucha cortesía.

—No; es inútil—respondió el médico tranquilamente.

—¡Cómo inútil! Aquel hombre tenía mi vida entre sus manos y juzgaba inútil proceder á un examen atento. ¡Pero si yo no estaba muerto!



—No; es inútil—respondió el médico tranquilamente.

—¿A qué hora ha muerto?—repuso.

—A las seis de la mañana—respondió Simoneau.

Una furiosa rebelión se producía dentro de mí, sin acertar á romper los terribles lazos que me ataban. ¡Oh! ¡no poder hablar, no poder mover un miembro!

El médico añadió:

—Este tiempo pesado es muy malo.. Nada hay tan fatigoso como estos primeros días de primavera.

Y se retiró. Era mi vida la que se iba con él. Si hubiese podido, le hubiera llenado de injurias y denuestos. El miserable, convertido en máquina por la fuerza de la costumbre, llegaba por fórmula junto á los cadáveres sólo para cumplir una formalidad de la ley. Era un ignorante aquel hombre. Toda su ciencia no le permitía distinguir con una mirada la vida de la muerte. ¡Y se alejaba tranquilamente, se alejaba!

—Buenas noches, señor—dijo Simoneau.

El médico debió inclinarse delante de Margarita, mientras que la señora Gabin cerraba la ventana. Después salió de la habitación, y escuché el ruido de sus pasos al descender por la escalera.

Todo estaba concluído. Mi última esperanza desaparecía con aquel hombre. Si yo no volvía en mí antes de las once del día siguiente, me enterrarían vivo. Y este pensamiento me preocupaba de tal manera, que ya perdía la conciencia de todo lo que me rodeaba; era esto como un desvanecimiento dentro de la muerte misma. El último ruido que creí apercibir fué el de las tijeras de la señora Gabin. El velatorio comenzaba. Margarita no había querido pasar á la habitación inmediata. Allí permanecía,

y yo me la figuraba medio acostada en el sillón con el semblante pálido y los ojos medio cerrados y humedecidos por las lágrimas, mientras que el señor Simoneau, sentado en la penumbra, la contemplaba atentamente.

### III

#### Mi entierro

No puedo decir cuál fué mi agonía durante la madrugada del siguiente día. Esto ha quedado en mi memoria como un sueño horrible, en el que mis sensaciones eran tan singulares, estaban tan alteradas, que sería difícil expresarlas con exactitud. Lo que hacía mi tortura espantosa era que esperaba siempre un brusco despertar. Y á medida que se acercaba la hora del entierro, el espanto me extrangulaba más.

Hasta el amanecer no volví á recobrar la conciencia de las personas y de las cosas que me rodeaban. La falleba, al rechinar, me sacó de mi somnolencia. La señora Gabin había abierto la ventana. Debían ser las siete próximamente, porque oía gritos de vendedores en la calle: la voz débil de una muchacha pregonaba alpiste; otra voz ronca anunciaba zanahorias.

—Este tiempo pesado es muy malo.. Nada hay tan fatigoso como estos primeros días de primavera.

Y se retiró. Era mi vida la que se iba con él. Si hubiese podido, le hubiera llenado de injurias y denuestos. El miserable, convertido en máquina por la fuerza de la costumbre, llegaba por fórmula junto á los cadáveres sólo para cumplir una formalidad de la ley. Era un ignorante aquel hombre. Toda su ciencia no le permitía distinguir con una mirada la vida de la muerte. ¡Y se alejaba tranquilamente, se alejaba!

—Buenas noches, señor—dijo Simoneau.

El médico debió inclinarse delante de Margarita, mientras que la señora Gabin cerraba la ventana. Después salió de la habitación, y escuché el ruido de sus pasos al descender por la escalera.

Todo estaba concluído. Mi última esperanza desaparecía con aquel hombre. Si yo no volvía en mí antes de las once del día siguiente, me enterrarían vivo. Y este pensamiento me preocupaba de tal manera, que ya perdía la conciencia de todo lo que me rodeaba; era esto como un desvanecimiento dentro de la muerte misma. El último ruido que creí apercibir fué el de las tijeras de la señora Gabin. El velatorio comenzaba. Margarita no había querido pasar á la habitación inmediata. Allí permanecía,

y yo me la figuraba medio acostada en el sillón con el semblante pálido y los ojos medio cerrados y humedecidos por las lágrimas, mientras que el señor Simoneau, sentado en la penumbra, la contemplaba atentamente.

### III

#### Mi entierro

No puedo decir cuál fué mi agonía durante la madrugada del siguiente día. Esto ha quedado en mi memoria como un sueño horrible, en el que mis sensaciones eran tan singulares, estaban tan alteradas, que sería difícil expresarlas con exactitud. Lo que hacía mi tortura espantosa era que esperaba siempre un brusco despertar. Y á medida que se acercaba la hora del entierro, el espanto me extrangulaba más.

Hasta el amanecer no volví á recobrar la conciencia de las personas y de las cosas que me rodeaban. La falleba, al rechinar, me sacó de mi somnolencia. La señora Gabin había abierto la ventana. Debían ser las siete próximamente, porque oía gritos de vendedores en la calle: la voz débil de una muchacha pregonaba alpiste; otra voz ronca anunciaba zanahorias.

Aquel despertar de la ciudad me producía una momentánea tranquilidad, porque me parecía mentira que en medio de tanta vida me condujeran á la tumba. Un lejano recuerdo me daba ahora mayor confianza. Durante el tiempo que yo estuve empleado en el hospital de Guerande, había ocurrido un caso parecido al mío. Un enfermo había permanecido veinticuatro horas en un sueño tan profundo, que los médicos dudaban de si vivía ó no; por fin, después de las veinticuatro horas, despertó. Yo llevaba ya veinticinco. Si no despertaba antes de las once, estaba perdido.

Ahora comenzaba á darme cuenta de lo que ocurría á mi alrededor. La pequeña Adela debía estar jugando en el pasillo, cerca de la puerta, porque de vez en cuando se la oía reír. Sin duda Simoneau no estaba en la habitación; ningún ruido denotaba su presencia; yo únicamente oía rozar por el suelo las zapatillas de la señora Gabin, á la cual oía hablar por fin.

—Hija mía, hace usted muy mal en no hacerme caso...

—No; quiero estar aquí—respondió Margarita con resolución.

Su voz, que yo no había oído desde la víspera, me conmovió mucho. Estaba cambiada, quebrantada por el dolor. ¡Ah, mujer querida! yo la sentía á mi lado como un último consuelo. Yo sabía que no

apartaba los ojos de mí, que me lloraba con todas las lágrimas de su corazón.

Pero los minutos pasaban. Hubo en la puerta un ruido que al principio no me expliqué. Parecía la mudanza de un mueble que tropezaba contra las paredes de una escalera demasiado estrecha. Luego lo comprendí al oír de nuevo las lágrimas de Margarita. Era el ataúd.

—Venís muy temprano—dijo la señora Gabin malhumorada.—Poned eso detrás de la cama.

¿Qué hora era, pues? Las nueve quizás, y el ataúd ya estaba allí. Y lo veía en la noche espesa, completamente nuevo, con las tablas apenas cepilladas. ¡Dios mío! ¿Iría á acabarse todo? ¿Si me llevarían en aquella caja que yo sentía á mis pies?

Tuve, sin embargo, una suprema alegría. Margarita, á pesar de su debilidad, quiso dedicarme sus últimos cuidados. Ella fué quien, ayudada por la vieja, me vistió con una ternura de hermana y de madre. Yo sentía que estaba una vez más entre sus brazos á cada prenda que me ponía. Se paraba, sucumbiendo á la emoción; me abrazaba y me bañaba con sus lágrimas. Hubiera querido poder devolverle su abrazo, gritándole: «¡Vivo!»; pero no podía, y tenía que abandonarme como una masa inerte.

—Hacéis mal; todo eso se pierde—repetía la señora Gabin.

Margarita respondía con voz entrecortada.

—Dejadme; quiero ponerle lo mejor que tenemos.

Yo comprendí que me estaban vistiendo con mi traje de boda, aquel traje que yo había llevado á París reservándolo para los grandes días.

Debilitada por aquel último esfuerzo que acababa de hacer, Margarita cayó en el sillón desvanecida, mientras se oía la voz de Simoneau que acababa de entrar, y que hablaba en voz baja con la vecina.

—Ya están abajo—decía.

—Bueno—respondió la vecina—falta lo peor; dígales usted que pueden subir.

—Es que tengo miedo... Esta pobre mujer se va á desesperar.

La Gabin, después de un momento de reflexión:

—Escuche usted, Sr. Simoneau, es necesario que la haga usted entrar á la fuerza en mi habitación... No quiero que esté aquí... Entre tanto, concluímos en un momento.

Aquellas palabras me destrozaban el corazón.

Bien pronto adiviné la lucha que se entablaba entre mi mujer y el vecino, suplicándole éste que no permaneciera más tiempo en la habitación.

—Por piedad — imploraba, — venid conmigo. Evitáos un dolor inútil.

—No, no—repetía mi mujer;—me quedaré; quiero quedarme hasta el último momento. Pensad que no tengo más que á él en el mundo, y que cuando no esté ahí me quedaré sola.

Entre tanto, cerca del lecho, la señora Gabin apuntaba al oído del joven:

—Vamos, agarradla, lleváosla en brazos.

¿Iba aquel Simoneau á coger á Margarita y á llevársela así? De pronto gritó. Por un arranque furioso quise ponerme en pie. Pero los resortes de mi carne estaban rotos. Y yo seguí tan rígido, que ni siquiera podía levantar los párpados para saber lo que pasaba allí delante de mí. La lucha se prolongaba. Mi mujer se agarraba á los muebles, repitiendo:

—¡Oh! por favor, señor... déjeme usted, no quiero salir...

El debió cogerla entre sus vigorosos brazos, porque los sollozos de mi mujer se oían cada vez más débiles, sofocados, sin duda, al reclinar su cabeza en el pecho del vecino.

—¡No se contemplan estas escenas sin dolor!—decía la Gabin—¡qué penal vamos, ya podemos obrar libremente.

La cólera más espantosa me sofocaba. Aquello era un raptó abominable. Yo no veía á mi mujer desde la víspera, pero bien notaba su presencia, y ahora se me la llevaban; me la quitaba un hom-

bre en el momento en que á mí me conducían á la tumba, y allá estaban solos detrás de la pared que separaba nuestras habitaciones, solos, prodigándole él toda clase de consuelos, abrazados tal vez.

La puerta se abrió de nuevo, y sonaron en la estancia ruido de pasos moviéndose pesadamente.

—Vamos, despachemos pronto; esta pobre señora no tardará en volver—dijo la Gabin.

Y seguía hablando, dirigiéndose á gentes desconocidas que no le contestaban más que con sonidos inarticulados.

—Yo, como ustedes comprenderán, no soy ni siquiera pariente de esta familia; vecina nada más... Únicamente para hacer un favor, gracias á la bondad de mi carácter. Y que hemos pasado una noche... especialmente á la madrugada... en fin yo siempre he de ser lo mismo... mi corazón es bondadoso.

En aquel momento pusieron el ataúd en medio de la estancia. Estaba perdido; yo no podía moverme y nadie venía en mi ayuda.

—Aquí se ha podido ahorrar madera, la caja es demasiado grande—oí que decía con voz enronquecida uno de los funerarios.

—Mejor, así irá más ancho—contestó el otro.

Yo no pesaba mucho y se felicitaban

por ello, porque tenían que bajar tres pisos. Al tiempo que me cogían por los hombros y por los pies, la señora Gabin se enfadó de pronto.

—¡Diantre de chiquilla!—exclamó.—Ha de meter la nariz en todas partes... Espérate, que te voy á hacer mirar por las rendijas.

Era Dedé que entreabría la puerta y pasaba su cabeza despeinada. Quería ver cómo colocaban al señor en la caja. Dos vigorosos cachetes resonaron seguidos de una explosión de sollozos, y al volver la madre habló de su hija con los hombres que me arreglaban la caja.

—Tiene diez años. Es buena chica; pero curiosa... No la pego todos los días, pero quiero que obedezca.

—¡Ah!—dijo uno de los hombres;—ya sabéis; todos las niñas son así... Cuando hay un muerto en alguna parte, les gusta mucho andar dando vueltas alrededor.

Yo estaba tendido cómodamente y habría podido creer que me encontraba todavía en la cama sin cierta molestia de mi brazo izquierdo, que estaba un poco apretado contra una tabla. Según ellos decían, yo cabía muy bien allí dentro, gracias á mi pequeña estatura.

—Esperad—exclamó la señora Gabin;—he prometido á su mujer ponerle una almohada debajo de la cabeza.

Los funerarios, como quien tiene

prisa por terminar pronto, pusieron bruscamente la almohada bajo mi cabeza. Uno de ellos buscó el martillo por toda la habitación. Lo había dejado olvidado y hubo necesidad de ir por él. Yo sentí entonces un estremecimiento en todo mi cuerpo, mayor todavía cuando percibí los golpes del martillo introduciendo el primer clavo. Todo estaba concluido. Después, los clavos sujetaron la tapa introduciéndose rápidamente uno á uno á los golpes cadenciosos del martillo. Parecía que los enterradores estaban cerrando una caja de frutas secas, con la indiferencia que da la costumbre de hacer todos los días lo mismo. A cada instante percibía los ruidos más débiles y ligeros, produciéndome la impresión extraña de que el ataúd se había convertido en una caja de música. Las últimas palabras que llegaron á mis oídos en aquella habitación de la calle de la Delfina, fueron las pronunciadas por la señora Gabin dirigiéndose á los funerarios.

—Bajen ustedes despacio—les había dicho—y tengan cuidado con la rampa del segundo piso.

Yo notaba que habían cargado el ataúd en hombros, y me sentía llevado como balanceándome sobre las olas del mar. A partir de aquel instante mis recuerdos son muy vagos. No obstante, tengo idea de que una preocupación, bien

tonta para aquellos momentos, torturaba mi pensamiento. Hubiese querido darme cuenta exacta del camino que llevábamos para ir al cementerio. Yo conocía poco las calles de París é ignoraba por completo dónde estaban emplazados los cementerios cuyos nombres había oído algunas veces. Los últimos esfuerzos de mi inteligencia se encaminaban á adivinar si nos dirigíamos por la derecha ó por la izquierda. Lo que sí oía era el rodar del coche mortuario y la trepidante barahunda de los carruajes y de los transeuntes resonando en un clamor confuso á través de la madera del ataúd. Ahora me daba perfectamente cuenta del camino que seguíamos; noté que estábamos parados y que debía ser delante de algún templo. Luego el coche mortuario volvió á rodar, y otra vez se confundieron mis pensamientos perdiendo toda noción de lugar y tiempo.

Luego hubo una estación, me pasearon y comprendí que estábamos en la iglesia. Pero cuando el carro se puso de nuevo en movimiento, perdí toda conciencia de los lugares que atravesábamos. Un repique de campanas me indicó la proximidad de un templo; un arrastre más blando y seguido me hizo creer que íbamos á lo largo de un paseo. Yo estaba como un condenado conducido al suplicio, atontado, esperando el golpe supremo que no venía.

Se detuvieron y me sacaron del carro. Los ruidos habían cesado; sentía que estaba en un lugar desierto debajo de los árboles, con el amplio cielo sobre mi cabeza. Sin duda algunas personas acompañaban el duelo, los habitantes del hotel, Simoneau y otros, porque yo percibía ruido de cuchicheo. De pronto sentí que me hundía, mientras que unas cuerdas restregaban como arcos de violín contra los ángulos del ataúd, que producía un ruido de contrabajo rajado. Era el fin. Un choque terrible parecido al estampido de un cañonazo estalló á la izquierda de mi cabeza; un segundo choque se produjo á mis pies; otro, más violento todavía, me cayó sobre el pecho, tan sonoro que creí que la caja se partía en dos, y me desmayé.

## IV

## El suplicio

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel desvanecimiento? No sabría decirlo.

En la nada, una eternidad y un segundo tienen la misma duración. Poco á poco, muy confusamente, volví á tener conciencia del ser. Creía que estaba durmiendo, y mis pensamientos se confundían, como los de una pesadilla.

Me imaginaba que mi mujer me estaba esperando en alguna parte, en Guérande, por ejemplo, y que yo había tomado el ferrocarril para ir á buscarla. Pasaba el convoy por un túnel, cuando un ruido estrepitoso y una conmoción horrible nos anunció una catástrofe. El tren se había parado y los coches permanecían intactos. Pero en las dos bocas del túnel, delante y detrás de nosotros, la salida se había interceptado y nos encontrábamos en el centro de una montaña, tapiados por dos inmensos bloques de piedra. Inmediatamente comenzaban los tormentos de una angustiosa y prolongada agonía. No había ninguna esperanza de recibir socorros; se necesitaba un mes por lo menos para desembarazar la salida del túnel; además, sería preciso un trabajo colosal de gran-

Se detuvieron y me sacaron del carro. Los ruidos habían cesado; sentía que estaba en un lugar desierto debajo de los árboles, con el amplio cielo sobre mi cabeza. Sin duda algunas personas acompañaban el duelo, los habitantes del hotel, Simoneau y otros, porque yo percibía ruido de cuchicheo. De pronto sentí que me hundía, mientras que unas cuerdas restregaban como arcos de violín contra los ángulos del ataúd, que producía un ruido de contrabajo rajado. Era el fin. Un choque terrible parecido al estampido de un cañonazo estalló á la izquierda de mi cabeza; un segundo choque se produjo á mis pies; otro, más violento todavía, me cayó sobre el pecho, tan sonoro que creí que la caja se partía en dos, y me desmayé.

## IV

## El suplicio

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel desvanecimiento? No sabría decirlo.

En la nada, una eternidad y un segundo tienen la misma duración. Poco á poco, muy confusamente, volví á tener conciencia del ser. Creía que estaba durmiendo, y mis pensamientos se confundían, como los de una pesadilla.

Me imaginaba que mi mujer me estaba esperando en alguna parte, en Guérande, por ejemplo, y que yo había tomado el ferrocarril para ir á buscarla. Pasaba el convoy por un túnel, cuando un ruido estrepitoso y una conmoción horrible nos anunció una catástrofe. El tren se había parado y los coches permanecían intactos. Pero en las dos bocas del túnel, delante y detrás de nosotros, la salida se había interceptado y nos encontrábamos en el centro de una montaña, tapiados por dos inmensos bloques de piedra. Inmediatamente comenzaban los tormentos de una angustiosa y prolongada agonía. No había ninguna esperanza de recibir socorros; se necesitaba un mes por lo menos para desembarazar la salida del túnel; además, sería preciso un trabajo colosal de gran-

des cuidados, y con el empleo de máquinas poderosas. Nos encontrábamos prisioneros en una especie de fosa sin salida. La muerte de todos los viajeros no se haría esperar, sería cuestión de horas.

Había, en verdad, algunas provisiones en el tren; pero pronto escasearon los alimentos, y sin llegar á comerse los unos á los otros, los miserables hambrientos se disputaban ferozmente el último bocado de pan. Ora rechazaban á puñetazos á un anciano, que agonizaba, ora una madre se batía como una loba para defender los tres ó cuatro bocados reservados para sus hijos. En mi vagón dos recién casados se hallaban en el estertor, abrazados el uno al otro, y no esperando ya nada, no se movían. Por lo demás, la vía estaba libre, los viajeros se bajaban, paseándose á lo largo del tren como fieras sueltas que buscan su presa. Todas las clases se mezclaban; un hombre muy rico, un alto funcionario, á lo que parecía, lloraba abrazado con un trabajador que le tuteaba. Desde las primeras horas, las lámparas se habían apagado; el fuego de la locomotora había acabado por extinguirse. Los que pasaban de un vagón á otro palpaban las ruedas para no tropezar, y se llegaba así hasta la locomotora, que se reconocía por sus ejes fríos, sus enormes costados dormidos, fuerza inútil, muda é in-

móvil en la sombra. Nada había tan horrible como aquel tren, tapiado todo entero dentro de la montaña, como enterrado vivo, con sus viajeros, que morían uno por uno.

Yo me complacía descendiendo hasta el horror de los menores detalles. Se oían aullidos que atravesaban las tinieblas. De pronto un compañero, á quien no veía, caía sobre los hombros de otro. Pero aquella vez lo que me hacía sufrir más era el frío y la falta de aire. Nunca tuve tanto frío; una capa de nieve me caía sobre los hombros. Una humedad pesada se cernía sobre mi cráneo. Y yo me ahogaba con aquello; me parecía que la bóveda de roca se hundía sobre mi pecho, que toda la montaña se venía abajo y me aplastaba. Entre tanto un grito de salvación sonó.

Uno de los viajeros acababa de descubrir una abertura en el túnel; todos nos precipitamos hacia aquel punto, por donde penetraba una pequeña corriente de aire, por donde se descubría una mancha azulada del cielo, grande como una oblea. ¡Oh! qué hermosa aquella mancha azulada que se percibía por entre la abertura que nos traía la vida. Claramente distinguíamos algunos puntos negros que se agitaban y que serían, sin duda, los obreros trabajando para prestarnos auxilios. Un clamor salvaje salía de todos los labios: ¡salvadnos! ¡salvad-

nos! gritábamos todos, mientras nuestras manos temblorosas se levantaban hacia la pequeña mancha azulada del cielo.

La violencia de aquel clamor fué la que me despertó. ¿Dónde me encontraba? Todavía en el túnel sin duda. Estaba tendido cuan largo era, y sentía á derecha é izquierda duras paredes que me oprimían los costados. Quise levantarme, pero sentí un golpe en el cráneo. ¿La roca me envolvía por todas partes? Y la mancha azul había desaparecido; el cielo ya no se veía allí, ni aun á lo lejos. Yo me ahogaba, mis dientes castañetaban de tanto frío.

De pronto recordé. Un horrible estremecimiento erizó mis cabellos, sentí la horrible verdad recorrer todo mi ser, de los pies á la cabeza, como un hielo. ¿Salía yo al fin de aquel síncope que durante largas horas me había postrado con la rigidez de un cadáver? Sí, yo me movía, yo recorría con mis manos las tablas del ataúd. Sólo me faltaba la última prueba; abrí la boca, hablé, llamando á Margarita instintivamente, y al gritar, mi voz en aquella caja de pino tomó un sonido ronco tan espantoso, que me asusté yo mismo. ¡Dios mío! ¿Era verdad? ¡Al fin podía andar, gritar que vivía, pero no se oiría mi voz, porque estaba enterrado, aplastado debajo de tierra!

Hice un esfuerzo supremo para ver

si podía calmarme y reflexionar. ¿No había medio de salir de allí? Pero luego comenzaba la confusión de mis pensamientos: no tenía el cerebro muy sereno, y volvía la imaginación á sus desvaríos, recordando la abertura del túnel y la mancha azulada en aquella realidad de la fosa donde yo me ahogaba por momentos. Con los ojos desmesuradamente abiertos, investigaba las tinieblas, tratando de descubrir una abertura, un rayo de luz, un punto brillante. Todo inútil; la sombra, la sombra negra rodeándome por completo.

En estas alternativas de lucidez y alucinamiento, comprendía claramente que cada momento respiraba con mayor dificultad. Sin duda durante todas las horas que había durado mi catalepsia, suspendidas todas las funciones de la vida, no me había sido necesario aire, pero ahora que mi corazón latía y que respiraban mis pulmones, moriría de asfixia en cuanto me faltase el oxígeno. Al propio tiempo la impresión terrible del frío me aniquilaba, como si me encontrase envuelto en un torbellino de nieve, imposibilitado de movimiento.

A pesar de todas mis reflexiones para pensar con calma, por momentos sentía perderse mi cabeza en accesos de locura.

Por lo pronto, quise recordar lo que sabía acerca de la manera como hacían

en París los enterramientos. Sin duda estaba yo en una fosa ordinaria de las concedidas por cinco años: esto me hacía concebir una esperanza. Recordaba que en el cementerio de Nantes había visto yo algunas veces, en las zanjas de la fosa común, que las cajas de los últimos cadáveres dejaban ver algunos de sus extremos por entre la removida tierra. Si yo me encontraba así enterrado, me sería fácil, relativamente, salir de la fosa, pero ¿y si me encontraba en una zanja ya completa? Entonces tendría sobre mí una capa espesa de tierra, y sería materialmente imposible removerla. ¿No había yo oído decir que en París enterraban á seis pies de profundidad? ¿Cómo iba yo á levantar esa masa enorme?

Y aun consiguiendo romper la tabla, ¿acaso la tierra no entraría y se deslizaría como un polvo fino para llenarme los ojos y la boca? Esto sería también la muerte, una muerte abominable, un ahogamiento en el lodo.

Mientras tanto palpé cuidadosamente alrededor de mí. La caja era grande, yo movía allí los brazos con facilidad. En la tapa no sentí ninguna rendija. A derecha é izquierda las tablas estaban mal cepilladas, pero eran fuertes y resistentes. Doblé el brazo á lo largo de mi pecho para llevarlo hasta la cabeza. Allí descubrí en la tabla del extremo

un nudo que cedía fácilmente bajo la presión; trabajé con el mayor esfuerzo y acabé por hacer saltar el nudo, y del otro lado, introduciendo el dedo, acabé por reconocer la tierra, una tierra grasa, arcillosa y mojada. Pero con esto nada adelantaba, y hasta sentí haber quitado aquel nudo, temiendo que la tierra pudiera entrar.

Practiqué en seguida otro reconocimiento, pasando mis manos por la junta del ataúd á derecha y á izquierda, á ver si por casualidad tropezaba con algún hueco ó parte poco ajustada. Por desgracia, la investigación no dió buen resultado. Entonces intenté separar la tapa á viva fuerza; primero, haciendo presión con los brazos levantados y las manos en la tabla, luego levantando las rodillas en arco, apoyando los piés en el fondo; por último, haciendo fuerza con todo mi cuerpo de modo tan violento, que sentía crugir mis huesos. Fué éste uno de los momentos en que verdaderamente creí volverme loco. Hasta entonces había resistido á los efectos del vértigo que, á cada momento, sentía arrebatarse mi pensamiento. Sobre todo, había tenido buen cuidado de no articular ningún sonido, comprendiendo que si gritaba estaba perdido. Pero entonces comencé á gritar desesperadamente, lanzando roncós alaridos demandando socorro, mientras clavaba con rabia las

uñas en la madera, revolviéndome en convulsiones de fiera. ¿Cuánto tiempo duró esta crisis? Tampoco podría decirlo. Sólo recuerdo que luego me sentía bajo la impresión de una somnolencia dolorosa. Me parecía que estaba encerrado en una caja de piedra de la cual jamás podría salir, y esta certeza de mi impotencia me dejaba inerte, sin ánimo para intentar un nuevo esfuerzo.

Otro sufrimiento: el hambre se había unido al frío y á la asfixia. Yo desfallecía. Pronto aquel suplicio se hizo intolerable. Traté de atraerme con el dedo algunos terroncitos de arena por el nudo abierto, y me llevaba á la boca aquellos terrones, lo cual redoblaba mi tormento. Me mordía los brazos sin atreverme á hacerme sangre, chupándome la piel con ganas de hincarme los dientes.

¡Ah, cuánto deseaba la muerte en aquella hora! Toda mi vida temblé ante la nada, y ahora la quería, la deseaba, pues jamás podría ser bastante negra. ¡Qué niñería temer aquel sueño sin ensueño, aquella eternidad de silencio y de tinieblas! La muerte no era buena sino porque suprimía el ser de un golpe para siempre. ¡Oh, dormir como las piedras, volver á la nada, dejar de ser!

Mis manos volvían á tocar, y tocar la madera. De pronto me pinché en el pulgar derecho, y el dolor me sacó de mi abatimiento. ¿Qué pasaba? Busqué de

nuevo y tropecé con un clavo, un clavo que los enterradores habían torcido y que no penetró en el borde del ataúd. Era muy largo, muy puntiagudo. La cabeza estaba en la tapa, pero reconocí que se movía. Desde aquel instante no me dominó más que una idea: apoderarme del clavo. Pasé la mano derecha por el estómago y comencé á tirar de él. No cedía; era un trabajo muy fuerte. A menudo cambiaba de mano, porque la izquierda, mal colocada, se cansaba en seguida, y mientras que me encarnizaba así, todo un plan se había desarrollado en mi cabeza. Aquel clavo era la salvación. Tenía que apoderarme de él. Pero ¿tendría tiempo? El hambre seguía atormentándome; tuve que detenerme, presa de un vértigo que me dejaba las manos sin fuerza, el espíritu vacilante. Había chupado las gotas de sangre que salían del pinchazo del dedo, pero no era bastante y me mordí el brazo, me chupé la sangre, aguzado por el dolor, reanimado por aquel vino tibio y acre que me mojaba la boca, y agarrando el clavo con las dos manos, conseguí arrancarlo.

No estaba salvado, pero la esperanza me inundaba de alegría el corazón. Mi proyecto era servirme de las tablas de la tapa como de un escudo, mientras que con mis manos intentaba practicar una abertura que me permitiese salir. Desgraciadamente, el trabajo ofrecía

grandes dificultades; la misma tierra removida pesaría violentamente sobre la cubierta y me impediría maniobrar debidamente. Jamás volvería á ver la luz del sol, y ya sentía los desprendimientos parciales cayendo sobre mi cuerpo, cuando al hacer un movimiento con los pies buscando un punto de apoyo, creí notar que la tabla que cerraba la caja por su extremo inferior cedía á la presión. Entonces empujé vigorosamente pensando que por aquella parte y junto á la mía podía haber una fosa recién cavada y descubierta. A la presión violenta cedió la tabla y sentí mis pies en el vacío. Había acertado. Era una fosa recién abierta. No tuve más que horadar un ligero tabique de tierra para salir á aquella fosa. ¡Gran Dios, me había salvado!

Un instante permanecí de espaldas, con los ojos en el cielo, en el fondo del hoyo. Era de noche. Las estrellas lucían en un azul de terciopelo. De vez en cuando se alzaba un viento que me traía aromas de primavera, olores de árboles. ¡Gran Dios, estaba salvado! Yo respiraba, tenía calor, lloraba, balbuceaba con las manos extendidas hacia el espacio. ¡Oh, que hermosa es la vida!

## V

## Mi vuelta al mundo

Mi primer pensamiento fué dirigirme á la casa del conserje del cementerio para que me pusiese en condiciones de volver á la mía. Pero comprendí que huiría asustado al verme, y pensé prescindir de su auxilio. Yo me palpaba los miembros y me sentía ágil y sin más sensación de dolor que la vaga producida por las mordeduras de mis dientes que sentía en el brazo derecho. Una excitación febril sentía que me daba fuerzas para todo. Sin embargo, las ideas no surgían sino muy confusamente de mi cerebro. Ahora había notado detrás de mí, junto á la sepultura, los útiles de los enterradores, y sentí la necesidad de hacer desaparecer las huellas de mi resurrección dejando las fosas en su estado primitivo; no tenía idea clara de por qué pensaba en la completa inutilidad de publicar la aventura de mi vuelta á la vida, cuando todo el mundo me creía muerto. Puse manos á la obra, y en media hora de trabajo terminé mi tarea.

¡Qué noche tan hermosa! Reinaba un silencio profundo en el cementerio. Los árboles negros producían sombras in-

grandes dificultades; la misma tierra removida pesaría violentamente sobre la cubierta y me impediría maniobrar debidamente. Jamás volvería á ver la luz del sol, y ya sentía los desprendimientos parciales cayendo sobre mi cuerpo, cuando al hacer un movimiento con los pies buscando un punto de apoyo, creí notar que la tabla que cerraba la caja por su extremo inferior cedía á la presión. Entonces empujé vigorosamente pensando que por aquella parte y junto á la mía podía haber una fosa recién cavada y descubierta. A la presión violenta cedió la tabla y sentí mis pies en el vacío. Había acertado. Era una fosa recién abierta. No tuve más que horadar un ligero tabique de tierra para salir á aquella fosa. ¡Gran Dios, me había salvado!

Un instante permanecí de espaldas, con los ojos en el cielo, en el fondo del hoyo. Era de noche. Las estrellas lucían en un azul de terciopelo. De vez en cuando se alzaba un viento que me traía aromas de primavera, olores de árboles. ¡Gran Dios, estaba salvado! Yo respiraba, tenía calor, lloraba, balbuceaba con las manos extendidas hacia el espacio. ¡Oh, que hermosa es la vida!

## V

## Mi vuelta al mundo

Mi primer pensamiento fué dirigirme á la casa del conserje del cementerio para que me pusiese en condiciones de volver á la mía. Pero comprendí que huiría asustado al verme, y pensé prescindir de su auxilio. Yo me palpaba los miembros y me sentía ágil y sin más sensación de dolor que la vaga producida por las mordeduras de mis dientes que sentía en el brazo derecho. Una excitación febril sentía que me daba fuerzas para todo. Sin embargo, las ideas no surgían sino muy confusamente de mi cerebro. Ahora había notado detrás de mí, junto á la sepultura, los útiles de los enterradores, y sentí la necesidad de hacer desaparecer las huellas de mi resurrección dejando las fosas en su estado primitivo; no tenía idea clara de por qué pensaba en la completa inutilidad de publicar la aventura de mi vuelta á la vida, cuando todo el mundo me creía muerto. Puse manos á la obra, y en media hora de trabajo terminé mi tarea.

¡Qué noche tan hermosa! Reinaba un silencio profundo en el cementerio. Los árboles negros producían sombras in-

móviles en medio de la blancura de las tumbas. Tratando de orientarme, noté que una mitad de cielo brillaba con un reflejo de incendio. París estaba allí. Me dirigí hacia aquel lado, á lo largo de un paseo, en la obscuridad de las llamas. Pero después de dar unos cincuenta pasos tuve que detenerme ya sin aliento y me senté en un banco de piedra. Entonces me examiné: estaba completamente vestido, hasta calzado; pero me faltaba el sombrero ¡Cuánto agradecía yo á la pobre Margarita el sentimiento que la había hecho vestirme! El brusco recuerdo de Margarita me puso de pie. Quería verla.

Al cabo del paseo una pared me detuvo. Subí sobre una tumba, y cuando conseguí ponerme á caballo me dejé caer por el otro lado de la pared. La caída fué ruda. Después anduve algunos minutos por una calle desierta que giraba alrededor del cementerio. Ignoraba completamente dónde estaba; pero yo me repetía, con la obstinación de una idea fija, que iba á volver á entrar en París, y que yo sabría encontrar la calle Dauphine. Pasó gente y no pregunté, lleno de desconfianza y no queriendo hablar con nadie. Hoy tengo conciencia de que una fuerte calentura me sacudía, haciéndome perder la cabeza. Al fin, al desembocar en una gran vía, una ofuscación tan grande se apo-

deró de mí, que caí pesadamente sobre la acera.

Aquí hay un paréntesis en mi vida. Durante tres semanas permanecí sin conocimiento. Cuando pude darme cuenta de que vivía, me encontré en una habitación desconocida, atendido por los cuidados de un hombre á quien jamás había visto, y el cual me dió cumplida explicación de todo. Una mañana me había encontrado sin conocimiento en el boulevard Montparnase y me había conducido á su casa. El era un antiguo médico que no ejercía ya la profesión. Cuando yo, reconocido, le di las más expresivas gracias, me interrumpió bruscamente que nada tenía que agradecerle: le había parecido que mi caso era curioso, y quería sencillamente estudiarlo. Después, durante los primeros días de mi convalecencia, no me permitió hablar sino de lo más indispensable. Todavía guardé cama por espacio de ocho días, sintí gran debilidad de cabeza y un sentimiento grandísimo de temor y pesar. El doctor procuraba apartar de mi pensamiento todo lo pasado: quizás en el delirio habría yo dejado escapar el nombre de mi mujer; pero mi protector no me hacía alusión á nada: su caridad era discretísima.

Fuera del lecho pasé unos días convaleciente; había llegado el verano, y estábamos en el mes de Junio, cuando

una mañana obtuve de mi doctor permiso para dar un corto paseo. Era una mañana hermosísima de esas en que el sol parece envolver con alegrías de juventud las calles del viejo París. Yo andaba tranquilamente por las calles, preguntando en cada encrucijada la dirección de la calle de la Delfina. Llegué por fin, y reconocí el hotel donde Margarita y yo habíamos parado. Un pavor infantil agitaba todo mi cuerpo. Se me presentaba bruscamente á mi mujer podría matarla mi presencia. Lo mejor sería avisarle con aquella señora Gabin, nuestra vecina; pero me molestaba que hubiese nadie entre mi mujer y yo, y en resolución no sabía que partido tomar.

La casa parecía amarilla por la fuerza del sol. La reconocí por un restaurant que había en el piso bajo, de donde nos subían de comer. Levanté los ojos y miré á la última ventana del tercer piso á la izquierda. Estaba abierta de par en par. De pronto, una mujer despeinada, con la chambra atravesada, se asomó y detrás un joven que la perseguía adelantó la cabeza y la besó en el cuello. No era Margarita y yo no experimenté ninguna sorpresa. Me pareció que había soñado aquello y otras muchas cosas que iba á saber.

Me quedé un instante en la calle, indeciso, pensando en subir y preguntar á aquellos enamorados que se reían siem-

pre en pleno sol. Luego tomé la determinación de entrar en el fonducho de abajo. Yo debía estar muy cambiado: la barba me había crecido durante la calentura cerebral, y tenía la cara muy enflaquecida. Al sentarme en una mesa, vi precisamente á la señora Gabin que traía una taza para comprar dos sueldos de café, y se colocó delante del mostrador, emprendiendo con la señora del establecimiento los comadreo de todos los días. Presté el oído.

—¿Y qué?—preguntaba la señora;—¿acabó al fin de decidirse esa pobre chica del tercero?

—¿Qué queréis que sucediera?—respondía la señora de Gabin.—Era lo que convenía más. El señor Simoneau la manifestaba tanta amistad... Por fortuna había puesto término á sus negocios una grande herencia, y la ofrecía llevársela á su tierra á vivir con una tía de él, que necesitaba una persona de confianza.

La señora del mostrador se sonrió ligeramente. Yo me había ocultado la cara con un periódico, muy pálido, con las manos temblorosas.

—Vaya, eso acabará por un matrimonio...—decía la señora Gabin—no veo nada de particular; ella ha llorado á su marido, y él se ha portado como un caballero; en fin, ayer se han marchado; cuando haya terminado el luto, sin duda realizarán el proyecto.

En aquel momento se abrió la puerta del restaurant, y apareció la pequeña Adela.

—¿Mamá, no subes?... vamos.

—Déjame niña, ¡que siempre has de estar molestando!

La pequeña se aproximó al mostrador y se quedó escuchando la conversación de las dos mujeres con ese aire de precocidad propio de los pilluelos de París.

—Después de todo—continuaba la Gabin—el difunto no valía lo que el señor Simoneau... Con su raquífica figura, siempre jimoteando... no, no, verdaderamente, es desagradable para una mujer de sangre... mientras que el señor Simoneau, un hombre rico, fuerte como un turco...

—¡Oh!—interrumpió la pequeña—yo lo he visto un día que se estaba afeitando ¡y tenía unos pelos en los brazos!...

—¿Quieres largarte?—dijo la vieja empujándola;—siempre te metes donde no te llaman.

Y luego, para concluir:

—Mirad, el otro ha hecho muy bien en morirse. Ha sido una suerte loca.

Cuando volví á verme en la calle, anduve muy despacio con las piernas quebrantadas. Sin embargo, yo no sufría gran cosa. Hasta tuve una sonrisa al ver mi sombra al sol. En efecto estaba muy débil, y tuve una idea singular

al casarme con Margarita; me acordaba de sus aburrimientos de Guerande, sus impacencias, su vida taciturna y fatigada. La querida mujer se mostraba buena, pero yo no había sido su amante; venía á llorar á un hermano. ¿A qué había de ir yo á desarreglar su vida? Un muerto no tiene celos. Cuando levanté la cabeza vi que el jardín del Luxemburgo estaba delante de mí. Entré y me senté al sol, soñando con una gran dulzura. El pensamiento de Margarita me enternecía ahora. Yo me la representaba en provincias, señora en un pueblo, muy feliz, muy amada, muy festejada; embellecía, tenía tres niños y dos niñas. ¡Vamos, yo era un hombre de bien con haberme muerto, y no haría la ciertamente cruel tontería de resucitar!

Desde entonces he viajado mucho. He vivido un poco en todas partes. Soy un hombre mediano que ha trabajado y ha comido como todo el mundo. La muerte no me asusta, pero ella parece que se ha olvidado de mí ahora que yo no tengo ninguna afección que me haga agradable la vida.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

	<u>Págs.</u>
El artista . . . . .	5
Los amores de Julián . . . . .	18
El crimen. . . . .	35
Cómplice por amor. . . . .	48
¡Dormir... dormir siempre!. . . . .	58
<b>Historia de un muerto... contada por él mismo</b>	
Mi fallecimiento . . . . .	69
El forense dice que estoy bien muerto. . . . .	77
Mi entierro. . . . .	87
El suplicio. . . . .	97
Mi vuelta al mundo . . . . .	107



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

7  
P  
E